

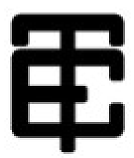
CAMPO DE BATALLA

CLARK CARRADOS

Colección ESPACIO

CAMPO DE BATALLA

CLARK CARRADOS





CAPÍTULO PRIMERO

El capitán Luis Frèhan ostentaba el cargo de comandante de la nave patrullera número 220 (PTE220-A era su contraseña de identificación) y, a bordo de la misma, se dirigía a la base marciana del golfo de la Aurora, junto a la desembocadura de los canales gemelos del Ganges, después de un servicio que había durado casi tres meses. Cuando tomasen tierra en la base, se habrían cumplido los noventa días reglamentarios de patrulla. Descansarían otro tanto, con opción a un viaje rápido a la Tierra -salvo urgencias que aconsejasen la suspensión del permiso- y después de otros noventa días, embarcarían de nuevo para una misión similar.

La patrulla se había desarrollado bajo el satisfactorio signo de la monotonía, apenas interrumpida por dos socorros a otras tantas naves con avería, y tres expedientes por alteración injustificada de

órbita. La anterior patrulla había resultado mucho más movida, con la persecución de una nave de contrabandistas, que pretendía colarse de rondón en Marte. Luis Frèhan había actuado con rapidez y energía, y ahora, los contrabandistas estaban purgando, con una severa pena de varios años de cárcel, su intento de defraudar las leyes relativas a la importación de diamantes plutonianos.

Tanto el capitán Frèhan como los seis tripulantes de la patrullera se sentían sumamente satisfechos ante la perspectiva de los tres meses de descanso que les aguardaban con paga entera. El segundo de a bordo, sargento Raymond, esperaba, para decidir dónde pasaría sus vacaciones, a que dijese algo el capitán; era un hombre muy fiel a Frèhan y le gustaba ir a donde éste iba.

El navegante-radarista Bomarine -con categoría y paga de oficial- tenía ya el billete adquirido para la astronave que despegaría de Marte rumbo a la Tierra. Deseaba llegar a su ciudad natal, Omsk, en Siberia, pues allí le aguardaba su bella prometida, para casarse. Luego se la traería a Marte, donde viviría con ella cuando no estuviese de patrulla, como hacían tres de los cuatro tripulantes restantes: los agentes Martínez, O'Brien y Schumann. El cuarto era soltero, y Kappelar, tal era su nombre, no parecía por el momento muy inclinado a cambiar de estado. Era un hombre joven, atractivo, con gran éxito entre las marcianas, a quien el matrimonio le parecía un obstáculo insalvable para desarrollar sus donjuanescas actividades.

Los siete hombres, pues, se sentían sumamente contentos. No parecía ya que nada pudiese alterar la placidez de los últimos días de patrulla, y ya todo eran cábalas, suposiciones acerca de lo que harían apenas tocasen con los pies el suelo del astropuerto. Eran siete tambres jóvenes, apuestos y en la plenitud de la vida, hábiles, inteligentes y ávidos de disfrutar de cuantos beneficios les proporcionaba su profesión de policías espaciales -dicho sea en el buen sentido de la palabra.

De pronto, cuando les faltaban doce días para concluir su patrulla, Schumann, que estaba de guardia ante los instrumentos de observación -la patrullera orbitaba por piloto automático- advirtió una mancha extraña en el detector de masas metálicas.

—¡Capitán Frèhan! —llamó a través del sistema interno de altavoces de la nave.

La voz del comandante llegó al instante.

—Habla Frèhan —dijo—. ¿Alguna novedad?

—La pantalla de masas metálicas señala un punto extraño, señor. ¿Quiere venir a verlo?

—Al momento, Schumann.

Llevaban tanto tiempo juntos, que ya conocía a todos sus hombres por el tono de la voz.

Pocos momentos después, el capitán Frèhan aparecía en la cámara de mandos. Era un hombre alto, delgado pero no esquelético, de anchos hombros y mirada centelleante. Tenía el cabello muy negro y algo rizado, del mismo color que sus perspicaces pupilas. En el lado izquierdo del traje de una pieza que vestía, de color rojo, se advertían las dos barras doradas situadas a ambos lados de una estrella azul pálido, símbolos de su rango.

Casi al mismo tiempo, atraídos por la llamada de Schumann, llegaron el sargento Raymond y el navegante Bomarine.

—¿Ocurre algo, capitán? —preguntó el primero.

Bomarine no habló; más práctico, alargó una mano y conectó el telescopio que, enlazado con el detector, traía las imágenes que captaba a una pantalla televisora situada inmediatamente de la del radar. A continuación, manipuló en los mandos correspondientes, de modo que el objetivo del telescopio enfocara la zona donde se hallaba la mancha señalada por el detector de masas metálicas.

—Es extraño —comentó, al cabo de unos momentos—. Se trata de una masa metálica netamente definida. El telescopio, sin embargo, no puede captarla, debido a la excesiva distancia y a su relativa pequeñez.

—¿Una astronave? —sugirió Frèhan.

—Es muy posible —admitió Bomarine en tono pensativo. Su experiencia de navegante espacial era grande y ello le permitió aventurar un juicio—: Sin embargo, parece raro que haya una nave en este sector.

—Podemos averiguarlo enseguida — contestó el joven, volviéndose hacia el sargento—: Ray.

—¿Señor? —contestó el aludido.

—Examine el registro de órbitas y páseme los resultados en el acto.

—Sí, señor.

Raymond se sentó ante un artefacto de gran tamaño, que ocupaba buena parte de la cabina, y empezó a escribir una serie de palabras, valiéndose de un teclado semejante al de una máquina de escribir. El aparato era un registrador automático de órbitas y de naves, que recibía las indicaciones continuamente del centro emisor de Marte. Funcionaba en todo momento, desde el principio al final de la patrulla, y sus respuestas eran exactas y precisas. El centro emisor transmitía las indicaciones de naves relativas a la zona en que patrullaba la PTE220-A, señalando los despegues y aterrizajes de las astronaves, así como las órbitas y destinos correspondientes. La máquina disponía también de un marcador automático de coordenadas, las cuales se reflejaban en el acto en una pequeña pantalla situada en uno de sus paneles.

La respuesta no se hizo esperar. Una pantalla larga y estrecha, de unos cuarenta centímetros por cinco, se iluminó a los pocos momentos. Una serie de letras apareció en el acto sobre el cristal deslustrado.

Nave desconocida.

Ninguna nave registrada en coordenadas señaladas.

La tensión aumentó a bordo de la patrullera cuando Raymond pasó al capitán Frèhan la respuesta obtenida. El joven se mordió los labios, muy pensativo. Luego, dijo:

—Ray, envíe un mensaje al Cuartel General, comunicándole las coordenadas, y dígales que hemos detectado una nave desconocida y que nos disponemos a practicar las investigaciones pertinentes.

—Bien, señor —contestó el sargento.

—¿Qué opina usted, Bomarine? —preguntó Frèhan.

El navegante había ocupado el puesto que le dejara Schumann y tenía, los ojos fijos en las pantallas.

—Espere —dijo de pronto—. Ahora, el radar largo señala la presencia de un cuerpo celeste. Véalo usted mismo, capitán.

La mancha del asteroide en la pantalla resultaba nítida, aunque no tanto como la masa metálica detectada, que brillaba con gran resplandor. Asimismo, sus tamaños eran muy diferentes; mientras el de la segunda apenas si era superior al de un punto trazado con un lápiz grueso, la mancha del asteroide tenía un centímetro de anchura.

—Orbite hacia ese asteroide, Bomarine —ordenó Frèhan—. Ray,

¿ha enviado el mensaje?

—Sí, señor.

—Consulte el registro de asteroides. Bomarine, eche mano de su experiencia y, según la mancha que se ve en la pantalla, dígame qué tamaño debe tener ese asteroide.

El navegante tardó algunos segundos en contestar.

—Yo diría que algunos centenares de metros, quizá kilómetro y medio. A los dos no llega, desde luego.

—Dele el máximo de aumento al telescopio.

—Bien, capitán.

Los demás tripulantes, atraídos por el incidente, se habían reunido también en la cámara y escuchaban con atención los cortos e incisivos diálogos que se producían, alargando el cuello para ver las imágenes que aparecían en las pantallas. Mientras tanto, Bomarine manejaba los mandos con todo cuidado, dirigiendo la patrullera en línea recta hacia el asteroide, en cuyo centro seguía brillando sin cesar aquel extraño punto que había llamado la atención de Schumann.

De súbito, cuando ya estaba terminando las operaciones de enfoque, el punto más pequeño pareció estallar. Se subdividió en otros muchísimo más pequeños, que se esparcieron con gran rapidez por el ámbito de la pantalla, para desaparecer un par de segundos más tarde.

Un navegante tan experimentado como Bomarine no podía engañarse en modo alguno acerca de lo que acababa de ocurrir.

—La nave ha estallado —anunció.

La mancha del asteroide continuaba apareciendo en la pantalla.

—¿Qué distancia nos separa de él? —preguntó Frèhan.

—Cerca de dos millones de kilómetros —respondió Bomarine, tras un rápido vistazo al computador de distancias.

—Eso supone cuatro horas de viaje, como mínimo —dijo el capitán—. Bien, Raymond, comunique al Cuartel General el nuevo incidente y dígales que me dispongo a desembarcar en ese asteroide con dos hombres, a fin de investigar.

—Bien, señor —contestó el sargento con voz neutra.

CAPÍTULO II

C

uando hubieron reembarcado en la nave y puestos ya en órbita de nuevo hacia Marte, Luis Frèhan se sentó ante una máquina automática de escribir, tomó el micrófono y empezó a hablar.

Las teclas escribían a medida que las palabras salían de sus labios. Sin necesidad de pulsar una sola, Frèhan podía presentar así cualquier informe escrito de sus actividades.

Sobre el papel que había en el rodillo empezaron a aparecer las primeras letras:

> Informe
>
> que presenta el capitán Luis Frèhan, comandante de la PTE220-A, en misión ordinaria de patrulla en la zona 40-7, Sector XIX.
>
> Señor:
>
> El día 27 de febrero de 2316, a las 1650, Hora Universal, hallándose el firmante en servicio de patrulla en la zona mencionada, con la tripulación reglamentaria, fue detectada, en las coordenadas LFX-37-82, correspondientes al asteroide número T-3391, una masa metálica perteneciente, al parecer, a una astronave cuya órbita no había sido registrada previamente. La astronave parecía hallarse sobre la superficie del asteroide citado.
>
> Treinta minutos después, es decir, a las 1720, la pantalla de radar señaló la presencia de una explosión y la señal de la nave sospechosa dejó de percibirse. Cuatro horas después, a las 2132, el firmante, acompañado de los agentes Chuck O'Brien y Hendrik Schumann, desembarcó en el repetido asteroide. Tras detenida búsqueda, se logró encontrar algunos pequeños restos metálicos de la nave detectada, así como algunos fragmentos de materia orgánica, todos los cuales se adjuntan al presente informe, debidamente numerados, los primeros con las cifras M-1 al M-17, ambas inclusive, y los segundos, con las cifras RO-1 al

RO-9, con las etiquetas correspondientes.

El firmante debe señalar que los restos de materia orgánica no pertenecen, al menos en apariencia, a ningún individuo de la raza humana terrestre, ignorando si se trata de algún animal que pueda vivir en el espacio. Asimismo, debe resaltar el hecho de que, en torno al lugar en que se recogieron dichos restos, metálicos y orgánicos, había una radiactividad primaria, detectada por los Geiger, que no correspondía en modo alguno a la estructura geológica del asteroide.

Esto es, en síntesis, lo que pudimos observar el citado día. Estoy dispuesto a declarar cuanto sea necesario ante la Comisión Investigadora que se nombre por esa Autoridad Superior, así como los demás miembros de la tripulación de mi patrullera.

Firmado: Luis Frèhan, Capitán de la Policía Orbital.

Informe dirigido al Cuartel General de la Policía del Espacio.

A su debido tiempo, la patrullera aterrizó en el astropuerto del golfo de la Aurora. Frèhan había transmitido su informe gráficamente por TV y esperaba con ansia la llamada de la Comisión Investigadora, a fin de que, una vez hechos los pertinentes análisis de los restos recogidos, pudiera enterarse qué clase de seres habían tripulado la nave volada.

Porque Frèhan estaba seguro de dos cosas: una, se trataba de una astronave tripulada por seres inteligentes, y otra, esos seres no habían nacido en la Tierra ni en otros planetas del Sistema Solar habitados por descendientes de terrestres.

El recibimiento que les aguardaba resultó muy distinto del que se habían figurado. Apenas pusieron pie en tierra, un hombre, con emblemas de coronel de la Policía Orbital, seguido por dos oficiales de inferior graduación y cuatro agentes rasos, se acercó al joven astronauta.

—¿Capitán Frèhan? —preguntó con fría entonación.

—A sus órdenes, señor —contestó el joven.

—Soy el coronel Kempelt —se presentó el sujeto. Le entregó un

grueso sobre—. Esto es para usted, capitán.

Frèhan tomó el sobre con gesto estupefacto. Kempelt añadió:

—En su interior hay siete sobres más, todos idénticos, destinados a usted y a sus tripulantes. —Se volvió hacia uno de los oficiales que le acompañaban—. Capitán Paes, haga el favor de proceder según lo acordado.

—Sí, señor.

El capitán Paes dio una orden y trepó a la patrullera, seguido del otro oficial y de los cuatro agentes. Minutos después, salían cargados con los restos metálicos y orgánicos recogidos por el joven en el asteroide.

—¿Ha leído usted el contenido de su sobre, capitán Frèhan? —preguntó Kempelt.

—No... no, señor —contestó el joven, bastante aturdido—. Lo haré ahora.

Raymond, Bomarine y los demás le rodearon, tan desconcertados como él. Rasgó el sobre grande y entregó a cada uno el suyo.

Luego, del que le correspondía, extrajo una orden que le dejó helado.

> Orden del Cuartel General de la Policía del Espacio
>
> Transmitida por medio de la Comandancia de la Policía Orbital, en Marte, y
>
> Dirigida al capitán de dicho Cuerpo,
>
> LUIS FRÈHAN, comandante de la PTE220-A.
>
> A partir de la fecha de la presente orden, el capitán a que alude la misma queda relevado del mando de su nave y de cualquier otro servicio. El capitán Frèhan continuará percibiendo su paga íntegra y demás emolumentos que puedan corresponderle.
>
> El capitán Frèhan no podrá hablar con nadie, salvo con persona específicamente autorizada por este Cuartel General, sobre el incidente ocurrido en el asteroide T-3391. Cualquier contravención a este respecto será severamente castigada.
>
> El capitán Frèhan será trasladado a Tierra, con

su familia, si la tuviere, y permanecerá en la capital, designando domicilio, a la disposición de este Cuartel General, para cualquier otra misión que pueda asignársele.

Firmado: W. Hinn,

Comandante General de todas las Policías del Espacio y Orbitales.

Estupefacto por lo que acababa de leer, Luis Frèhan levantó la vista del papel y la clavó en los seis rostros de sus compañeros. Bomarine, Raymond, todos, aparecían tan aturdidos y asombrados como él, a causa de aquella extraña orden cuyo sentido no alcanzaban a comprender.

—Esto es un licenciamiento en toda regla —resumió Martínez el sentir general.

«No lo era, pero se le parecía muchísimo», pensó Frèhan.

Enamorado de su profesión y de su carrera, que se anunciaba prometedora, se preguntó qué error había podido cometer durante su patrulla. No encontró ninguno, por más que se esforzó en hallarlo, y el hecho le dejó todavía más perplejo y desorientado.

* * *

Resultaba extraño sentir bajo los pies una gravedad normal, habituado al tercio de Marte y al décimo de la nave. Pero en aquellos momentos Luis Frèhan no estaba para disquisiciones extrañas a las preocupaciones que atormentaban su imaginación.

Despechado y amargado, escuchó con respeto, sin embargo, las palabras que le dirigía el coronel Hapstein, primer ayudante del comandante general Hinn.

—Lo siento, capitán; el comandante general no puede recibirle.

—Pero, señor… —exclamó el joven a la desesperada.

—El comandante general me ha encargado que le transmita se atenga en un todo a las órdenes que le fueron transmitidas por el coronel Kempelt. No tengo más que decirle, capitán. ¡Buenos días!

Abatido, Frèhan salió del antedespacho del ayudante del comandante general. Por un momento estuvo tentado de arrasar con todo y meterse en el despacho de Hinn, pero, por encima de todo, era disciplinado.

El hecho de que el relevo, al menos en apariencia, se hubiese producido sin nota desfavorable, no bastaba para llevar a su ánimo

un poco de consuelo. Los demás miembros de la PTE220-A se lo habían tomado con mejor disposición que él; Raymond se había callado y había dicho que, mientras pudiera, quería continuar a su lado. Bomarine se había ido a Omsk; la proximidad de su matrimonio le hacía olvidar el disgusto, al menos de momento.

Los otros tres casados se lo habían tomado con mayor filosofía. Paga entera y habitación asegurada para ellos y sus familias, no pedían más. En cuanto al conquistador, Kappelar, se sentía feliz allí donde hubiera mujeres jóvenes y bonitas. La paga de un policía orbital era excelente y no estaba dispuesto a quejarse de unas vacaciones que tenían todo el aspecto de no ser interrumpidas en largo tiempo.

El edificio del Cuartel General era una vasta construcción en la que se disponía de todos los servicios auxiliares precisos para la comodidad de quienes trabajaban allí. Al pasar por un corredor, en busca del ascensor que lo llevase a la calle, Frèhan divisó la cafetería.

Entró de modo maquinal, más que nada porque deseaba meditar y reflexionar durante unos momentos. Se sentó en un rincón del mostrador y encargó una taza de café.

Sobre el mostrador había cigarrillos y fósforos. Encendió un pitillo y dejó que se consumiera, al par que dejaba suelta su imaginación, entre sorbo y sorbo de la bebida.

De pronto, cuando más abstraído estaba en sus poco consoladoras reflexiones, oyó una voz que pronunciaba su nombre.

—¡Luis! ¡Luis Frèhan!

Levantó la cabeza. Un hombre joven, un par de años mayor que él, con un emblema muy parecido al suyo, sólo que en lugar de una estrella llevaba dos, lo cual indicaba su grado de mayor de la Policía Orbital, avanzaba a su encuentro con la mano extendida y una brillante sonrisa en los labios.

Las preocupaciones de Frèhan desaparecieron por un momento. Se trataba del mayor Víctor Nutalsky, un compañero suyo de Academia, recién ascendido al grado actual pocos meses antes.

—Hola, Víctor —saludó cordialmente—. Me alegro de verte.

—Y yo a ti, chico —contestó Nutalsky. Le palmeó los hombros —. ¿Qué haces por aquí en el Cuartel General?

—Relevado de todo mando —le contestó.

Nutalsky abrió una boca de a palmo.

—¡Demonios! —respingó—. ¿Qué pecado has cometido?

—Ninguno, que yo sepa. —Le explicó sucintamente lo ocurrido —. Me han prohibido hablar de lo que pasó, que se vayan al cuerno —dijo en tono rabioso—. Por muy grave que sea, podrían haberse portado conmigo con un poco más de consideración, ¿no te parece?

Nutalsky asintió pensativamente.

—En eso tienes razón, Luis. ¿Y dices que el comandante general no ha querido recibirte?

—Ha faltado poco para que me echasen a patadas del antedespacho del ayudante —contestó Frèhan, irritado—. Ésa no es manera de comportarse con un oficial de la Policía Orbital, que tiene una magnífica hoja de servicios, digo yo.

—Eso es cierto.

Frèhan trató de cambiar el tema que tanto le desagradaba.

—¿Y tú, qué haces ahora? Tengo entendido que ya no patrullas desde hace mucho tiempo.

—No —respondió Nutalsky—. No patrullo.

—¿Entonces?

El mayor le miró fijamente.

—Estoy en la División Especial, Luis —contestó.

—¿División Especial? ¿Es alguna rama nueva de la P.O.? Jamás la había oído nombrar hasta ahora. ¿Qué diablos hacéis en esa División?

Nutalsky encendió un cigarrillo.

—No te lo diría si no fueses tan buen amigo mío. Me enviaron aquí sin que yo supiera de qué se trataba. Créeme, llevo poco más de seis meses en esa condenada División Especial y estoy ya más que harto.

Frèhan se quedó pasmado.

—Cielos —exclamó—. Me dejas de una pieza, Víctor. Pero ¿qué es lo que hacéis?

—Cerrar la boca a la gente —contestó el otro sin rodeos—. Usamos las iniciales SP (Special Police), pero los que nos conocen, nos llaman Subpolicía, imagínate

—¿Y no tienes medio de salirte de esa condenada rama? —preguntó Frèhan.

—A menos que dimita de mi empleo... pero se me hace un poco

duro, después de haber conseguido ya una carrera, Luis. Compréndelo.

—Sí —convino el joven, muy pensativo—. Tiene que resultar duro, Víctor.

El mayor se apeó del taburete.

—Sé algo de lo que pasa y de las razones por las cuales te han relevado del servicio activo, Luis —dijo en tono bajo, inclinándose hacia él—. Yo no puedo ayudarte en nada, pero sí darte una dirección que tal vez pueda solventar muchas de tus dudas.

—¿Cuál es? —se apresuró a preguntar Frèhan.

—Avenida Júpiter, 8733, doctor Gebikov.

CAPÍTULO III

L

uis Frèhan dio media vuelta a un interruptor. Cortado el aflujo del canal de energía que movía su coche, el vehículo frenó suavemente su marcha, hasta quedar detenido ante la puerta de una tapia de mampostería de tres o cuatro metros de altura.

La tapia ocultaba todo lo que había en su interior, a excepción del tejado de la casa y de las copas de los árboles, que sobresalían por encima del borde superior. El número 8.733 de la Avenida Júpiter correspondía a la última casa; más allá, se extendía el campo abierto. Mientras se apeaba, se preguntó quién era y qué hacía el doctor Gebikov, que le había anunciado su amigo y sobre el cual se había negado en redondo a darle más detalles.

Desechó todo pensamiento.

Se acercó a la puerta y buscó el timbre de llamada. Esperó.

—¿Quién es? —oyó una voz femenina a través de un invisible altavoz.

—Deseo entrevistarme con el doctor Gebikov —anunció el joven.

—¿Para qué? ¿Con qué motivos? —indagó la voz.

—No soy vendedor de nada ni ostento ningún cargo oficial —respondió Frèhan—. Mi visita es particular.

Hubo una corta pausa; después, la voz dijo:

—Espere. Veré si el profesor está en condiciones de recibirle.

Pasaron algunos minutos. Frèhan empezó a sentir impaciencia. De pronto, la voz sonó de nuevo.

—¿Señor Frèhan?

—Sí, diga.

—Siento mucho anunciarle que el profesor no le puede recibir. Si tiene algo importante que decir, puede hablar conmigo.

Frèhan emitió un profundo suspiro. ¿Por qué se portaba todo el mundo de una manera misteriosa?

—Está bien, señorita —contestó—. Acepto.

La puerta se deslizó en silencio a un lado.

—Siga recto hasta la casa y no se desvíe —dijo la voz.

El joven franqueó el umbral, encontrándose en un vasto jardín bastante descuidado, aunque agradable de contemplar. Un surtidor murmuraba en un lado, proporcionando al lugar una nota de agradable frescura.

A poco divisó la casa, una construcción de dos pisos, con el estilo inconfundible del siglo XXI, pero todavía en buen estado. Bajo el dintel de la entrada, aguardaba una mujer.

Era alta, esbelta, pero al mismo tiempo arrogante y muy bien formada. Tenía el pelo de un curioso color bronceado, que contrastaba de forma agradable con el tono dorado de su tez y el tono intensamente verdoso de sus pupilas. Vestía una simple blusa y una falda corta, que quedaba a diez centímetros por encima de las rodillas. La blusa era de manga corta, lo que permitía ver unos brazos de admirable morbidez.

—Soy la señora Maussen —se presentó la joven, cuya edad calculó Luis en veintiséis o veintisiete años.

—Me llamo Luis Frèhan —repitió él—. He venido aquí por consejo de un buen amigo mío. —Por el momento, omitió mencionar nada que hiciese referencia a la profesión de su amigo—. Se llama Víctor Nutalsky.

El rostro de la joven permaneció impasible.

—¿Nutalsky? —repitió—. No lo he oído nombrar jamás. Pero, pase, por favor.

Entraron en la casa y se dirigieron a un saloncito de recibo, agradablemente decorado, pese al estilo, ya un tanto pasado de moda. Ella se sentó en un sillón e indicó otro al joven.

—Usted dirá, señor Frèhan.

—Hace un par de meses me sucedió algo extraño —contestó él—. Se lo conté a mi amigo y éste me recomendó que viniese a ver al doctor Gebikov.

—Sigo sin entender —manifestó ella en tono frío—. Por favor, le ruego sea breve; mi tiempo es limitado y...

—Señora Maussen —habló Luis Frèhan—, tengo severamente prohibido hablar del tema, pero, a riesgo de sufrir un duro castigo, voy a quebrantar esa prohibición. Soy capitán de la Policía Orbital y hace aproximadamente diez semanas...

Al terminar su relato, ella le dirigió una mirada llena de curiosidad. Pese a todo, dijo:

—No entiendo por qué razón vino usted a consultar al doctor Gebikov, capitán Frèhan.

El joven empezó a impacientarse.

—Señora Maussen, tengo una gran confianza en mi amigo Nutalsky y sé que cuando él me envió aquí, es porque ustedes me pueden explicar, siquiera en parte, lo que sucedió en aquel asteroide. Ahora bien, puede que no quieran explicármelo. Entonces, opino que es mejor que me lo digan de una vez, francamente, sin rodeos; y en tal caso, me iré sin molestarla más, puede estar segura de ello.

La decidida actitud de Frèhan pareció impresionar a la joven.

—Está bien —dijo al cabo—. No puedo asegurarle nada... pero aguarde unos momentos, por favor.

Se levantó y abandonó el salón con paso rápido y elástico. Frèhan admiró la esbeltez de su figura, de curvas sólidas y compactas, pero estaba demasiado preocupado para recrearse en tal contemplación.

Transcurrieren cinco o seis minutos. El joven empezaba ya a creer que le estaban tomando el pelo, cuando, de pronto, oyó rumor de pasos que se acercaban a la estancia.

Un hombre entró rápidamente, seguido de la señora Maussen. Era un sujeto cincuentón, robusto, sanguíneo, de abundante cabello crespo, que ya griseaba en algunos puntos. Vestía un sucio monopieza de trabajo, y el brillo de sus ojos quedaba un tanto atenuado por los gruesos cristales de las gafas que cabalgaban sobre una nariz un tanto aguileña.

—De modo que éste es el joven que recogió aquellos restos en un asteroide —dijo con voz que parecía un trueno.

—Así es, doctor —contestó la joven.

—Irina, demonios, ¿por qué no me lo dijiste en el primer momento?

—Se lo he dicho apenas me lo contó él —respondió la joven.

El doctor Gebikov se sentó frente a Frèhan. Irina Maussen se apoyó en el respaldo del sillón que ocupaba

—Capitán Frèhan —preguntó el doctor—, ¿recuerda usted la numeración del asteroide en el que hallaron tales restos?

—Por supuesto. Tengo muy buena memoria, doctor Gebikov.

—Dispongo de una astronave particular —dijo Gebikov—. ¿Se atrevería usted a pilotar hasta ese asteroide?

Frèhan respingó.

—Doctor, estoy relevado de mi mando, pero no puedo ausentarme de la capital sin un permiso en regla. Por otra parte, estoy violando una prohibición que me fue impuesta hace ya mucho tiempo, pero que sigue en vigor. Lo que me propone usted me resulta imposible.

—¡Al diablo con las reglas, capitán! —bramó Gebikov—. Esto es mucho más importante que cualquier prohibición. ¿Sabe usted que, si no actuamos a tiempo, es muy posible que nos veamos envueltos en un conflicto de resultados imprevisibles, pero no por ello menos catastróficos?

—¡Vaya! —resopló el joven—. No irá usted a contarme una fábula de terror científica, ¿verdad?

—¡Por el rabo del demonio! —juró Gebikov—. ¡Le estoy hablando completamente en serio! Quiere usted pilotar mi astronave hasta ese asteroide, ¿sí o no?

Luis Frèhan vaciló. ¿Qué rayos pasaba allí? ¿Por qué se habían vuelto todos, de repente, tan misteriosos y reticentes? El comandante general, su ayudante, Nutalsky, la hermosa Irina Maussen, el doctor... ¿Qué misterio se encerraba en tales actitudes?

—No puedo prometerle nada, doctor —contestó—, mientras no esté suficientemente enterado de lo que se trata. Además, si lo que busca usted son rastros orgánicos o metálicos en el asteroide, lamento tener que defraudarle; yo mismo recogí todos los que pudieron hallarse.

—No se preocupe de los rastros; yo encontraré muchos más, que usted no supo hallar. —Gebikov se removió inquieto en el asiento—: ¿Ha oído usted hablar del «Efecto X»?

Frèhan abrió la boca de a palmo.

—Oh, no, en absoluto —respondió.

—¿Y del «Efecto Z»?

—Tampoco.

—El primero se refiere a cierta utilización, benigna o perjudicial, según las intenciones, de los rayos calóricos. El segundo se refiere a la utilización de la luz.

—No entiendo ni jota, doctor —dijo Frèhan con brutal franqueza.

—Tampoco es necesario que lo entienda, al menos por ahora. Pero, dígame, ¿empezaría usted a comprender las cosas si le dijese que nuestro planeta e incluso nuestro Sistema Solar están convirtiéndose en un campo de batalla?

—¡Qué! ¿Campo de batalla? —saltó el joven—. Pero ¿quién se pelea?

—Dos razas extraterrestres, que tratan de asegurarse, por todos los medios, el dominio absoluto de una considerable porción de la Galaxia, precisamente ésta en que nos hallarnos nosotros, los terrestres.

Luis Frèhan miró al doctor durante unos instantes. Gebikov no daba en modo alguno señales de ser un individuo perturbado. Por el contrario, sus palabras encerraban una seriedad absoluta.

Levantó la vista hacia Irina Maussen. La joven permanecía apoyada en el respaldo del sillón, inmóvil, a excepción de los suaves movimientos de ascenso y descenso de su pecho compacto y arrogante. Le miraba con fijeza, impasible, sin sonreír, aprobando con su hierática expresión las palabras de Gebikov.

—Un campo de batalla —repitió, aturdido—. Pero eso parece increíble…

En aquel momento, antes de que ninguno de los presentes tuviera tiempo de añadir una sola palabra, se oyó el suave tañido musical del timbre de llamada.

Gebikov e Irina se miraron durante unos instantes. De pronto, la joven se acercó a una mesita, levantó un pequeño micrófono y preguntó:

—¿Quién es?

—Coronel Marceni, de la Policía Espacial —contestó una voz de indudable timbre autoritario—. ¿Está el doctor Gebikov en casa?

El científico alargó la mano. Irina le entregó el micrófono.

—¡Yo soy el doctor Gebikov! ¿Qué es lo que desea usted, coronel?

—No puedo expresarlo desde la calle —contestó el oficial de la Subpolicía—. Puedo añadir, sin embargo, que el asunto que me trae es de vital importancia y que necesito en el acto ser recibido por usted.

Gebikov e Irina volvieron a consultarse con la mirada. La joven resumió la situación en pocas palabras.

—¡Ha ocurrido ya lo que tanto temíamos! ¡Vienen a detenernos!

CAPÍTULO IV

L

uis Frèhan pegó un salto en el asiento.

—¿Qué? —gritó—. ¿Ha dicho que vienen a detenerles?

Gebikov movió la cabeza de forma significativa.

—Así es, capitán. —Volvió los ojos hacia la joven—. Pero no dejaremos que lo consigan, ¿verdad?

—Usted tiene la palabra, doctor —contestó ella.

—Pero... —intentó hablar el joven.

Gebikov le interrumpió con un brusco ademán.

—Capitán, no intervenga, al menos por ahora —dijo—. Irina —se dirigió a la joven—, sabíamos que esto ocurriría un día u otro. ¿Tenemos todo preparado para la partida?

—Desde luego.

Gebikov se puso en pie ágilmente.

—Entonces, no se hable más. Hemos de marcharnos enseguida.

Frèhan se puso en pie, aturdido y desconcertado.

—No entiendo lo que sucede en absoluto —declaró.

—Tampoco le pedimos que lo entienda —contestó Gebikov—. Lo único que necesitamos saber es si viene con nosotros o no. —Y añadió—: Joven, al acudir a visitarme en busca de información, se

ha metido en un buen lío. Si el coronel Marceni entra y le sorprende aquí, lo pagará bastante caro.

La irritada voz del oficial de la Subpolicía resonó de nuevo.

—¡Doctor Gebikov! ¡Exijo que me abra en el acto! —clamó—. ¡De lo contrario, echaré la puerta abajo!

—Ya ve usted cuáles son sus intenciones, capitán —dijo Gebikov en voz baja—. No venga con nosotros, si no lo desea, pero le prevengo que antes de cinco minutos, esta casa será un horno. Tendrá que marcharse, Marceni lo verá y...

El joven se dio cuenta de que se había metido en un buen lío. Marceni no parecía abrigar intenciones amistosas. Si le encontraban allí, supondrían al instante los motivos de su visita. El castigo, duro, rápido, severo, no se haría esperar.

Los verdes ojos de Irina Maussen fueron el segundo motivo que le impulsaron a unirse a la pareja.

—Estoy conforme en ir con ustedes —declaró al cabo—. Pero, si me lo permiten, desearía llevar un ayudante de toda confianza. Es el sargento Raymond, quien lleva conmigo casi diez años en las patrullas del espacio. Su ayuda nos resultaría muy valiosa.

Gebikov señaló el cercano visófono.

—Llámale y cítele en el astropuerto particular 4-40. Dígale que zarparemos dentro de dos horas y añada que, si no se ha presentado al finalizar este plazo, se quedará en tierra. Irina, quédate con el capitán; yo voy a ultimar un par de detalles.

Tomó el micrófono de nuevo, en tanto Frèhan hablaba con el sargento Raymond.

—¿Coronel Marceni?

—Escuche, doctor —sonó la voz del oficial de policía—. Mi paciencia está llegando a su límite.

—Un momento por favor, coronel —pidió Gebikov—. Estoy con un importante experimento y me resulta imposible abandonarlo. Sólo cinco minutos, se lo ruego.

—Está bien, pero ni un segundo más —accedió Marceni.

Gebikov pegó un tirón al cable del micrófono y escapó corriendo. Momentos después, Frèhan cortaba la comunicación y decía:

—El sargento Raymond está de acuerdo, señora Maussen.

—Muy bien —repuso ella, sin perder la calma—. Vamos.

Caminó precediéndole a través de una serie de estancias, en alguna de las cuales pudo el joven divisar una serie de aparatos científicos de forma tan extraña como incomprensible para él. Sin embargo, se abstuvo de formular la menor pregunta al respecto.

Irina Maussen se detuvo al pasar por una habitación. Entró, y volvió a salir al cabo de un minuto, con una pequeña bolsa de viaje.

—Son mis objetos personales —explicó.

Terminaron de atravesar la casa y salieron a la parte posterior. El doctor Gebikov estaba quitando en aquel momento la cubierta protectora de plástico de un vehículo el cual reconoció Frèhan al momento como un helichorro.

Gebikov tiró la cubierta a un lado.

—Adentro —ordenó.

En aquel momento, resonó una sorda explosión.

Frèhan volvió la cabeza. A través de una de las ventanas, divisó un furioso chorro de llamas que se expandía con gran rapidez.

—¡Vamos, no haga como la mujer de Lot! —gritó Gebikov.

Irina Maussen ya se encontraba en el interior del helichorro. Frèhan se metió de un salto dentro del aparato, seguido por el doctor, quien se colocó de inmediato ante los mandos.

—¡Sujétense! ¡Partimos al instante!

Dos segundos después, el aparato daba un brusco salto vertical, que les pegó a los asientos. Pese a su experiencia, Frèhan creyó que el estómago le iba a llegar a los pies.

En pocos momentos, el helichorro alcanzó una cota muy elevada. Desde la altura, Frèhan pudo ver el incendio que consumía la casa por completo, en medio la una serie de fuertes explosiones, que destruían por completo cuanto había en el interior del edificio.

—No quiero que encuentren el menor rastro de mis aparatos ni de las notas de mis experimentos —dijo Gebikov a guisa de explicación.

Frèhan no contestó. Todavía no había terminado de salir de su asombro y se sentía en absoluto desorientado. Se daba cuenta de que su forma de actuar no le iba a beneficiar para el futuro, pero, al mismo tiempo, se percataba de que, humanamente, le resultaba ya imposible volverse atrás. Sucediera lo que sucediera, tenía que continuar con la pareja. Había empezado a quebrantar la orden de silencio al hablar con Nutalsky y ya no estaba en condiciones de

retroceder. En lo sucesivo siempre tendría que huir.

El aparato continuó ganando altura, al mismo tiempo que su conductor le hacía aumentar la velocidad. La tierra desfiló rápidamente por debajo de ellos. Mientras se soltaba el cinturón de seguridad, Frèhan preguntó:

—¿Queda muy lejos el astropuerto 4-40?

—Unos mil seiscientos kilómetros —respondió Gebikov, atento a los mandos.

—Se trata de un astropuerto privado, muy poco concurrido. Una especie de «club» exclusivo, con escaso número de socios —añadió Irina Maussen.

El helichorro seguía incrementando su velocidad. A los diez minutos alcanzaba ya una cota de cinco mil quinientos metros.

Veinte minutos después, volaban a novecientos kilómetros por hora y a doce mil metros de altura. El día era claro y la transparencia de la atmósfera permitía ver el suelo con bastante claridad. Atravesaron una cordillera, sobrevolaron un ancho río y luego se adentraron en la vertical de una extensa llanura.

De pronto, cuando más descuidados estaban, una campana de graves tonos empezó a tañer en el interior del aparato.

—¡El detector de alarma! —exclamó Irina—. ¡Nos han localizado!

Gebikov alargó una mano. Tocó dos interruptores y el tañido cesó al instante.

—Ya está —dijo muy orondo—. Ahora ya no nos pueden ver.

—Pero pueden seguir detectándonos por radar —alegó Frèhan.

Gebikov volvió la cabeza a medias.

—Mi querido capitán, estoy haciendo una aplicación práctica del «Efecto Z». En este momento, aunque usted puede seguir observando el paisaje a través de las lucernas, somos invisibles e indetectables.

Frèhan se pasó una mano por la cara. ¿Qué clase de gente era aquélla? Habían hablado de un campo de batalla, de una lucha entre dos bandos extraterrestres… ¿Estaba loco? ¿Soñaba?

No; estaba despierto y bien despierto. Pero no comprendía en absoluto lo que sucedía, excepto que debía tratarse de un asunto muy importante… verdaderamente importante, como lo demostraban los sucesos ocurridos hasta entonces.

De pronto, el aparato se estremeció. Osciló un poco y luego empezó a caer hacia el suelo.

El silbido del viento desplazado penetró a través de la cabina.

—¡Caemos! —gritó Irina, muy asustada—. ¡Han cortado el canal de energía!

Los vehículos de cualquier clase que se moviesen bajo la atmósfera terrestre, de cualquier clase que fueran -aéreos, marinos o terrestres- funcionaban mediante electricidad, por medio de un flujo de energía que era captado inalámbricamente y aplicado al motor que proporcionaba la correspondiente propulsión. En resumen, era el avanzadísimo desarrollo del principio del eléctrico, aunque sin trole ni cable transmisor de fuerza. Descubierta la fuga del profesor, el coronel Marceni había dado orden de cortar el suministro de energía.

El aparato descendió un millar de metros en pocos segundos. Aterrado, Frèhan contempló el rapidísimo ascenso de la tierra. Cuando chocasen con el suelo, distante de ellos once mil metros en aquellos instantes, la catástrofe sería irremediable.

Pero el veloz descenso se interrumpió casi enseguida. Hubo primero un brusco frenazo, después una serie de duras oscilaciones y, segundos después, el helichorro continuaba su ruta con las mismas altura y velocidad. Gebikov se volvió hacia Luis Frèhan. Sonreía satisfecho.

—Me preparé contra una eventualidad semejante —manifestó—. Pueden cortarme el suministro inalámbrico de energía, pero no pueden hacer lo mismo con la batería de repuesto que tengo instalada para casos de emergencia. Tiene una carga que durará doce horas a pleno rendimiento de los motores.

—Así, pues —exclamó Frèhan, asombrado al máximo, respirando aliviadísimo por haberse salvado de una muerte que había visto inminente—, usted ya preveía lo que iba a suceder.

—Ya lo creo —contestó el doctor Gebikov—. Aunque a usted le parezca extraño, soy uno de los pocos hombres, por no decir el único, que puede alardear de haber visto y hablado con los «X» y los «Z» y tratado de llegar a un entendimiento con ellos. Por eso quiere el gobierno secuestrarme, a fin de que prosiga mis experimentos sobre los efectos citados, con fines que no me parecen todavía muy claros.

—Sigo sin entender una palabra —declaró el joven—. ¿Quiénes son los «X» y los «Z»? ¿Qué es lo que pretenden? ¿Por qué quiere secuestrarle el gobierno?

—Muchacho, hace usted demasiadas preguntas, y éste no es el momento oportuno para contestarlas todas con la debida amplitud. Hablaremos con más tranquilidad apenas nos encontremos en órbita libre, rumbo al asteroide T-3391.

Frèhan preguntó:

—¿Acaso ha olvidado usted que a estas horas ya se ha dado la alarma general a todas las patrullas del espacio?

—No, por supuesto. Pero mi astronave está dotada con un equipo análogo al del helichorro —respondió el profesor—. Si conseguimos zarpar, no habrá nadie que nos detenga hasta el final de nuestro viaje.

Frèhan se reclinó en su asiento. Volvió los ojos hacia Irina Maussen.

La joven aparecía tranquila, sin dar el menor signo de temor.

«Si ella tiene confianza en el doctor —pensó—, ¿por qué no voy a tenerla yo?»

Pese a todo, no se sentía demasiado tranquilo. Tenía la sensación de que acababa de embarcarse en una aventura cuyo principio conocía, pero cuyo final le resultaba imprevisible en absoluto.

Una hora más tarde, llegaban al astropuerto 4-40.

Era un astropuerto pequeño, capaz para una docena de astronaves. Los edificios de los servicios, pese a su apariencia de modernidad y comodidad, eran pequeños. En aquellos momentos, sólo se divisaban dos astronaves paradas al borde de las pistas.

Las dos eran del tipo convencional, aptas para aterrizar y despegar en cualquier tipo de planeta, por medio de chorros de despegue vertical o empleando las alas el caso de atmósfera gaseosa favorable. Descendiendo a la mayor velocidad posible, el profesor orientó el helichorro hacia una de las naves, un fino galgo del espacio, cuya afilada punta aparecía pintada de rojo brillante.

Saltaron al suelo. El astropuerto parecía desierto en aquellos momentos.

—Ahora sólo hay un guardián y un operario de la torre de control —explicó el profesor.

—¿No dirán nada?

—En absoluto. Ya están prevenidos y, por otra parte, tienen severamente prohibida la intervención en los asuntos particulares de los socios.

—¿Y cómo saben que usted es socio?

Gebikov se enojó.

Dijo:

—Joven, es usted un tipo harto preguntón. Hice una señal luminosa de identificación cuando nos acercábamos. Esto les bastará, ¿comprende? Y ahora, vámonos; hemos de zarpar cuanto antes.

—Pero el sargento Raymond...

—El sargento Raymond no ha venido y, por tanto, se quedará en tierra —afirmó Gebikov en tono que no admitía réplica—. ¡Arriba!

Una escalera metálica pendía de la escotilla de acceso. En el momento en que empezaban a trepar por ella, vieron un helichorro que se acercaba a toda velocidad.

Gebikov e Irina alcanzaron la escotilla. Frèhan quedó al pie de la escala.

—Un momento, por favor —gritó—. Sería la primera vez que Raymond me fallase.

Raymond no falló. Aterrizó, abrió la portezuela de su aparato, saltó al suelo y echó a correr hacia la nave.

—¡Presente, señor! —gritó, sonriendo a sus anchas.

CAPÍTULO V

A

sí que entraron en órbita libre, Frèhan conectó el automático y se levantó del puesto de mando.

La cámara era espaciosa y tenía en la parte opuesta una especie de diván, amplio y cómodo, que podía transformarse, en caso necesario, en litera para dormir. Frèhan caminó hacia el diván y se sentó en él, apoyando la cabeza en las manos durante algunos momentos.

De repente se sentía desanimado, abatido, desmoralizado.

Había quebrantado una serie de prohibiciones que le habían sido formuladas de modo oficial y de una manera que no admitía equívocos. Había roto la disciplina a que le obligaba su cargo y, por último, no sólo había huido con dos personas en trance de ser detenidas por la «Subpol» (la abreviatura común del sobrenombre de la Subpolicía), sino que, además, les había ayudado en su escapatoria. Lo mirase como lo mirase, bajo el punto de vista de la Policía Orbital, había incumplido su deber de las más variadas formas, convirtiéndose de momento en un desertor y tal vez, más adelante, en un proscrito.

No entendía las razones del coronel Marceni ni de quienes le mandaban; tampoco comprendía las razones del doctor Gebikov ni de su bella ayudante. Acaso ni unos ni otros tenían razón, pero lo que sí resultaba seguro era que él había quebrantado una disciplina a la que estaba sujeto por razón de su cargo.

¿Había obrado bien?, se preguntó, acongojado una y otra vez. ¿Bastaba una prohibición para que él se rebelase? ¿Quién era él, simple oficial de las patrullas del espacio, para adentrarse en los motivos de sus superiores? Si todos obrasen como él, ¿adónde irían a parar la disciplina y el sentido del cumplimiento del deber?

Pero ya no podía echarse atrás. Realmente, había quebrantado las normas a partir de su conversación con Nutalsky. Todo había empezado allí en el momento en que se sintió demasiado curioso. Ahora, ya era tarde para rectificar.

—Capitán —llamó Irina con suavidad.

—Sí, señora —contestó Frèhan en tono opaco.

—Tome una taza de café. Esto quizá, contribuya a reanimarle un poco.

La astronave disponía de un mecanismo de gravedad artificial, que le confería un quinto de la normal. El líquido podía mantenerse, pues, en la taza, aunque era preciso tener cuidado al removerlo con la cucharilla, para no lanzarlo fuera.

—Gracias, señora —contestó.

El café tenía unas gotas de coñac y le confortó un tanto.

Gebikov hizo girar un sillón de los situados frente al puesto de mando y se sentó frente a él.

—Le veo abatido, capitán —habló.

—No tengo motivos para dar saltos de alegría —contestó éste,

devolviendo la taza.

Irina se la tomó. La mano de Raymond apareció como por ensalmo.

—Deje que yo me encargue de ello, señora.

—Gracias, sargento. —Irina se sentó al lado del joven y le contempló con expresión de simpatía—. Capitán, ¿le gustaría saber algo de lo que ocurre?

—La verdad, no creo que ello me beneficie ya mucho. En cualquier momento, las patrullas del espacio, mis antiguos camaradas...

—Sus antiguos camaradas no nos detectarán —afirmó Gebikov con energía—. La astronave está dotada de los mismos sistemas antidetectores que el helichorro, basados en los efectos que ya le he mencionado.

—Se trata —añadió Irina— del aprovechamiento integral de la energía contenida en la luz y en el calor. Pueden ser utilizados con fines beneficiosos o con fines destructores, según la mentalidad de quien posea el secreto de tales efectos.

—La luz y el calor son ambos elementos -llamémosles así- que existen en cantidades ilimitadas. No es necesario producirlos, no es necesario consumir un solo kilogramo de carbón, petróleo o uranio; no se necesita encender la más pequeña hoguera aunque sea de leña —habló el doctor—. Tenemos una fuente colosal, inagotable, la cual nos proporciona ambos elementos sin descanso alguno. Me imagino que habrá entendido usted que le estoy hablando de nuestro Sol.

—Hasta ahora —intervino Irina—, el aprovechamiento de esas dos fuentes de energía ha resultado mínimo. El calor ha sido algo más aprovechado, es lógico. Pero de la luz solar apenas si hemos obtenido otro provecho que la iluminación diurna.

—Transformándola en energía pura, conseguiríamos unos beneficios realmente incalculables. El calor tiene el inconveniente, a veces, de que es eso que dice su nombre: calor. La luz no tiene temperatura. ¿Empieza a comprender, capitán?

—Sí —contestó él—. Me parece que les entiendo. Tratan de sustituir las fuentes emisoras de energía que mueven nuestros vehículos, energía eléctrica, producida a gran costo, por otra energía barata...

—Gratuita, está mejor dicho —rectificó Irina.

—Muy bien. Supongamos que consignen lo que se proponen —dijo Frèhan—. Lo que no entiendo, en cambio, es qué tienen que ver los «X» y los «Z» en todo este asunto, salvo dar su nombre, si se puede decir así, a los efectos que ustedes me han citado. ¿Cómo son? ¿Qué aspecto tienen? ¿Cuáles son sus intenciones?

—En realidad, no tienen ningún aspecto determinado —manifestó Gebikov—. Son dos razas superiores, que pueden tomar la forma que más les conviene, según las circunstancias.

—En realidad, podría decirse que son seres exclusivamente mentales —explicó Irina—. El poder de su mente es tal, que pueden influir sobre los átomos y las moléculas de los cuerpos que les rodean y, de este modo, adoptar la forma más adecuada al momento.

—Luego, por lo general, son invisibles —exclamó Frèhan.

—Digamos que sí —admitió el doctor.

—Y usted, ¿cómo entró en comunicación con ellos?

—Sería largo de contar. Hace ya muchos años que me entrego a experimentos sobre el aprovechamiento íntegro de esas dos colosales fuentes de energía que son la luz y el calor. Me imagino que, en alguna de sus correrías, un «X» debió de enterarse de mis trabajos. Al parecer, hace muchísimos años, por no decir siglos, que merodean ya por nuestro sistema solar.

—Platillos volantes —apuntó el joven.

—No —contradijo Irina—. Sus facultades son tales, que no necesitan de astronaves para viajar por el espacio.

Frèhan respingó.

—¡Diablos! Entonces, en estos momentos, tal vez tenemos algunos «X» a bordo. ¿O quizá un par de «X»?

Gebikov sonrió con tranquilidad.

—Lo sabríamos en el acto. A corta distancia, no más allá de diez metros, nuestro sistema nervioso, que emite minúsculas ondas eléctricas, como usted sabe, les excita considerablemente, obligándoles, bien a su pesar, a adoptar una forma más o menos corpórea. Por lo general, aparecen cuerpos alargados, translúcidos, sin figura determinada. Si en estos momentos no se ve a ninguno de ellos, es porque no hay nadie, ni «X» ni «Z» a bordo.

—¿Y dice que han tomado al Sistema Solar como campo de batalla? —preguntó el joven.

—Sí. Es una lucha antagónica entre dos razas. Los unos adoran, valga la expresión, aunque no es la correcta, a la luz; los otros, son partidarios del calor. De ambas fuentes de energía —añadió Irina— se pueden obtener grande beneficios.

—Y producir incalculables catástrofes —determinó Gebikov.

Raymond escuchaba perplejo, con la boca abierta de par en par.

—¿Y qué tiene que ver el gobierno con todo esto? —quiso saber el joven.

—Sencillamente, trata de intervenir en la lucha de esas dos razas, pero, como todos los gobiernos, empleando la fuerza.

—No entiendo —alegó Frèhan.

—El gobierno opina, en buena lógica, que el Sistema Solar nos pertenece a los terrestres. ¿Qué haría usted si dos sujetos se pusieran a pelearse en su propia casa, con peligro de causarle a usted daño?

—Les expulsaría por todos los medios, como es natural —respondió Frèhan en tono acalorado.

—¿Y si pudiera convencerles para que depusieran sus diferencias y, además, le transmitieran todos sus conocimientos de cualquier clase que pudieran poseer?

—No sé si me interesaría —declaró Frèhan en tono dubitativo.

—Pero supóngase que le interesan —dijo Irina.

—Bueno, en tal caso... ¿Acaso nos interesan, a los terrestres, los conocimientos de esas dos bandas de seres espectrales?

—Por supuesto que sí —exclamó Gebikov con gran énfasis—. Ahora bien, el gobierno sabe que yo he logrado grandes adelantos en el aprovechamiento integro de la luz y del calor. Son dos energías que, repito una vez más, pueden producir, debidamente encauzadas, grandes beneficios, pero, si se usan con fines tortuosos, causarían catástrofes sin cuento.

—Imagínese —dijo Irina— que se polariza toda la luz que recibimos del Sol, es decir, que la dirigimos en una sola dirección. Entonces, esa fabulosa cantidad de energía lumínica se convertiría en algo sólido, devastador, que atravesaría la Tierra, como un hierro candente un bloque de mantequilla. El planeta resultaría destruido...

—O bien, si se produjese una concentración análoga de calor, a la manera con que se hace mediante una simple lupa, pero de

tamaño infinitamente mayor. El planeta se fundiría en el acto —manifestó Gebikov.

Frèhan estaba aturdido por lo que oía. Su mirada iba del profesor a Irina. A veces, creía estar padeciendo una pesadilla, pero la realidad le decía que se hallaba en pleno uso de sus facultades.

—Hasta ahora —siguió el doctor—, la existencia de los «X» y los «Z» es algo tan secreto, que sólo unos pocos la conocen. Si se hiciera pública, cundiría el pánico y se producirían unas catástrofes tremendas, apocalípticas.

—Pero ¿por qué esa enemistad, si es que en realidad puede llamarse de tal manera? —preguntó Frèhan.

—La respuesta es bien simple —expresó Irina—. Unos, los «X», desean instaurar los sistemas de aprovechamiento del calor. Otros, los «Z», desean lo contrario, es decir, vivir gracias a la luz.

—De modo que, aun siendo prácticamente unos espíritus, necesitan de la luz y del calor para vivir —arguyó el joven.

—Así es —confirmó Gebikov.

—¿Y por qué han ido a elegir el sistema solar como campo de su digámosle batalla?

—Porque el Sol, nuestro astro rey, es la estrella que reúne las condiciones ideales luminosas y calóricas para sus fines. Por supuesto, hay otras estrellas análogas en el ámbito de varios cientos de años luz en que se mueven esos seres, pero ninguna como la nuestra. Nosotros podríamos vivir en otros planetas, alumbrados y calentados por una estrella distinta al Sol, pero, para ellos, esto representa un gran inconveniente.

—Y como aquí se encuentran tan ricamente, están peleándose a ver quién se queda con la suculenta tajada que es nuestro Sol.

—Ni más ni menos.

Frèhan se rascó la mejilla, bastante pensativo.

—Así que ustedes temen, hablando en términos vulgares, que el gobierno meta la pata, tratando de combatirles por las buenas.

—Cierto, pero no es eso sólo —contestó el profesor—. Hay otros motivos. En primer lugar, creo haber ideado un sistema mixto, que puede beneficiar a ambos bandos. Y, en segundo, si conseguimos la utilización de esas dos fuentes de energía, tengo el propósito de declarar mis patentes libres, a disposición de todos, sin monopolios abusivos por parte de grupos de presión que puedan imponer su

voluntad a la masa. El gobierno, todo hay que decirlo, está muy influido por algunos de esos grupos y se opone a dejar libre la utilización de la energía luminosa y calórica.

—Imagínese usted, capitán —terció Irina —, su helichorro movido libremente al influjo de unos rayos térmicos procedentes del Sol. O luminosos, según sus necesidades. Todos los centros emisores de energía que funcionan en la actualidad, baratos en apariencia, pero muy onerosos en producción y mantenimiento, sin hablar de las construcciones, dejarían de tener utilidad.

—Sí, voy entendiendo —murmuró Luis Frèhan. Se puso en pie y caminó hacia una de las lucernas, para contemplar con aire absorto el esplendente paisaje del cielo.

De pronto, se volvió hacia la pareja.

—Pero ¿qué hemos de hacer una vez hayamos llegado al asteroide T-3391?

—Procurar ponernos en contacto con algún representante de ambos bandos —respondió Irina Maussen con sencillez.

CAPÍTULO VI

R

esultaba fácil decirlo. Sin embargo, en opinión de Luis Frèhan, ponerse en contacto con alguno de aquellos enigmáticos seres que el doctor había dado en llamar los «X» y los «Z» debía de ser muy difícil. Opinaba que, si llevaban tantos años -siglos acaso- merodeando por el Sistema Solar, si en todo ese tiempo no habían sentido tanto los «X» como los «Z» tentaciones de relacionarse con la raza humana, ¿iban a hacerlo ahora, sólo por tratarse de ellos?

No.

Además, no acababa de entender el misterio de la nave que había hecho explosión, y de la cual había encontrado restos de apariencia inconfundible, así como otros restos de materia orgánica, cuya existencia en el asteroide no tenía explicación lógica, al menos, para lo limitado de sus conocimientos. Pero tanto el doctor Gebikov como la hermosa Irina Maussen, después de la serie de explicaciones que le habían facilitado en el primer momento, a fin

de justificar su actitud, se habían encerrado después en una serie de reticencias y ambigüedades que habían hecho que el joven, un tanto enojado, cesara de hacerles ya más preguntas sobre el particular.

Los días transcurrían con lentitud a bordo de la astronave, de una velocidad muy superior a la de las naves de patrulla más corrientes. Sin embargo, Luis Frèhan sabía que la Policía Orbital disponía de astronaves especiales, capaces de alcanzar, en determinados momentos, una velocidad muy cercana a la de la luz, por lo que les resultaría fácil darles alcance, si conseguían detectarles.

Los noticiarios radiados y televisados no habían mencionado el incidente en absoluto. Esto, para Frèhan, era una prueba indiscutible del silencio con que se estaba llevando a cabo la operación. El asunto, por lo tanto, tenía una importancia extrema cuando la Subpolicía actuaba de modo tan sigiloso.

En varias ocasiones se cruzaron con naves de patrulla, incluso a distancias inferiores al millar de kilómetros. Dado que volaban siguiendo una órbita no prefijada de antemano, debieran haber sido interceptados desde el primer momento, lo cual no ocurrió. Así pues, Luis Frèhan supo que los sistemas antidetectores del doctor funcionaban a las mil maravillas.

El viaje tocó a su fin. Rebasaron la órbita de Marte y se acercaron a la del asteroide. Mediante ligeras correcciones de rumbo, Frèhan equiparó la órbita de la nave a la del asteroide. Al fin, un día, la pantalla de radar captó la imagen del punto de su destino.

—¿Qué haremos cuando lleguemos al asteroide? —preguntó, mientras realizaba las maniobras pertinentes para acercarse a su objetivo.

—Desembarcaremos y exploraremos. Mide mil quinientos sesenta metros de largo, por cuatrocientos treinta y dos de ancho y cuatrocientos diecinueve de grueso —contestó Gebikov—. Luego exploraremos y…

—¿Qué hará para entrar en contacto con esos seres incorpóreos?

—Déjelo de mi cuenta, capitán —contestó el doctor un tanto secamente.

El joven no quiso insistir. Volvió los ojos hacia Irina, pero la joven abandonaba muy raras veces su actitud de impasible despego.

«¿Habrá sonreído alguna vez?», se preguntó, molesto.

Una hora después, la nave se posaba sobre un trozo casi llano de la superficie del asteroide. Disponía de arpeos magnéticos, y Frèhan los lanzó, anclando así el aparato. Luego cortó el encendido principal, dejando tan sólo un motor secundario, que era el que proporcionaba la energía necesaria para la maquinaria auxiliar: luz, calefacción, renovación de la atmósfera, etc.

Se puso en pie.

—Doctor —anunció—, ya está usted en el asteroide.

Gebikov se incorporó también.

—Gracias, capitán —sonrió—. Ha cumplido usted como los buenos. Irina —se volvió hacia la joven—, vaya poniéndose su traje espacial.

—Sí, doctor.

La joven se alejó en dirección a su cámara. Gebikov se disponía a hacer lo propio, cuando Frèhan le detuvo por un brazo.

—¿Qué es lo que desea usted, capitán? —preguntó en tono frío.

—El sargento Raymond y yo estamos aquí —insinuó el joven.

—Ya lo sé. Permanecerán a bordo, hasta nueva orden.

—Ha dicho hasta nueva «orden», doctor. ¿Qué significa eso?

—Exactamente lo que usted ha oído, capitán.

Gebikov se alejó, dejando a los dos hombres estupefactos. Al quedarse solos, Raymond miró a Frèhan.

—Señor —murmuró—, si quiere que le diga la verdad, esto no me gusta en absoluto.

Frèhan se acarició la mandíbula con gesto pensativo.

—Tampoco a mí, la verdad —contestó—. Empiezo a pensar si no hemos hecho el idiota, secundando los proyectos de esta singular pareja.

Se acercó a una de las lucernas, desde la cual se divisaba un extenso panorama. Poco después, vieron salir al doctor y a Irina, enfundados en pesados trajes espaciales, dotados de rotor gravitatorio individual, a fin de eliminar el peligro que suponía la escasa atracción del asteroide. Un paso mal dado, mejor dicho, dado con demasiado impulso, podía lanzar al imprudente al espacio, sin posibilidad de regreso. El rotor gravitatorio eliminaba tal riesgo.

El doctor llevaba en la mano una enorme linterna, de cristal oscuro, según le pareció apreciar desde la lucerna. Por su parte,

Irina llevaba, pendiente de la mano, una especia de maleta metálica, repleta, al parecer, de pesados instrumentos científicos.

Cinco minutos más tarde, la pareja se perdió de vista, detrás de un grupo de altas rocas, de color negruzco.

—Prepararé un poco de café, señor —dijo Raymond.

Frèhan asintió con gesto distraído, mientras encendía un cigarrillo. De repente, se había sentido muy preocupado. La reticencia de Gebikov superaba en aquel caso a todo lo sucedido.

De repente, cuando más abstraído estaba en sus poco consoladoras reflexiones, oyó la voz de Raymond que sonaba con tonos estridentes.

—¡Capitán!

El joven corrió hacia la pequeña cocinilla donde preparaban las comidas. Al asomarse a la puerta, vio a Raymond apoyado contra la pared, respirando con afán, a la vez que miraba con ojos desorbitados hacia una de las alacenas. Frèhan se percató de la intensa palidez que cubría las facciones de Raymond y tuvo la sensación de que el sargento había visto algo no muy agradable.

—¿Qué ocurre, Ray? —preguntó.

El sargento se incorporó un poco.

—Demonios —gruñó—. No quisiera asegurarlo… pero hubiera jurado que no estaba solo en la cocina.

—¿Vio algo raro?

Raymond se humedeció los labios con la lengua.

—No sé —contestó, en tono dubitativo—. Me pareció ver algo así como una telaraña muy tenue, que flotaba en el aire, pero desapareció enseguida, apenas le llamé a usted a gritos. Señor, ¿se tratará de uno de esos misteriosos seres de que nos habló el doctor Gebikov?

Frèhan paseó la vista a su alrededor, bastante preocupado.

—Pueden vivir en el espacio… adoptar la forma que más les conviene según las circunstancias…

—Pero, si estaba dentro, ¿por dónde demonios entró?

El joven meditó unos instantes.

—Por la esclusa de aire —contestó.

—Es posible —convino el sargento—. De todas formas, tener dentro de la nave a uno de esos tipos, no es cosa que contribuya a mi tranquilidad. —Lanzó un sonoro resoplido—. Continuaré

haciendo el café, señor.

Raymond se volvió hacia la cocinilla. Frèhan trató de hallar una explicación lógica para aquel extraño fenómeno.

—Espere un momento —dijo—. Ray, ¿cuándo notó usted la presencia de ese ser extraño?

—Pues... habrían pasado tres o cuatro minutos desde que entré aquí. Ahora lo recuerdo. Primero busqué la cafetera y las tazas. Luego eché el agua en la cafetera... No encontraba el tubo de comprimidos de café y, por no abrir una caja nueva, perdí varios minutos buscándolo. Entonces, cuando lo encontré, enchufé la cocinilla eléctrica y...

—Y se produjo un repentino cambio en la temperatura de la estancia —dijo Frèhan.

—Bueno, al menos, en la cocina, quiero decir, en la placa calefactora —convino Raymond.

—Ya entiendo —exclamó el joven—. Es un «Z».

—¡Qué! ¿Cómo lo sabe usted, señor?

—Muy sencillo. Le molesta el calor.

Raymond abrió la boca de par en par.

—¡Caramba! Es posible que tenga usted razón, señor.

—La tengo —afirmó Frèhan—. El acto de encender la cocina, junto con su inesperada presencia -ya sabe usted que nuestro sistema nervioso les irrita un tanto- le hicieron perder su invisibilidad durante algunos instantes.

—Lo cual significa que el pájaro está aquí dentro.

—Creo que sí. Apague la cocina, Ray.

—Sí, señor.

—Busque una linterna y vaya a la cámara de mandos.

—Bien, señor.

Quince años de disciplina no se olvidan fácilmente en unas semanas. Raymond obedeció sin rechistar. Cuando llegó a la cámara de mandos, Frèhan cortó el interruptor general de la luz.

—Vamos a pasar un poco de frío —anunció—. He rebajado la graduación del termostato de la calefacción a cero grados.

—Entiendo —dijo el sargento.

La maquinaria auxiliar productora de temperatura funcionaba perfectamente. En quince minutos, el termómetro marcó los cero grados.

—Nos vamos a helar —tiritó el sargento, en medio de la oscuridad.

Frèhan alargó la mano.

—Deme la linterna —pidió, hablando en un susurro.

Raymond se la entregó. El joven pulsó el interruptor y un haz de rayos blanquísimos brotó al instante del foco.

Frèhan movió la mano. Ninguna sombra extraña apareció ante sus ojos.

—Vamos —dijo—, exploraremos la nave.

Salieron de la cámara de mandos, caminando a lo largo del corredor. De pronto, al llegar junto a la compuerta interna de la esclusa, Raymond dejó escapar una exclamación.

—¡Mírelo, señor! ¡Ahí está!

Los rayos de luz iluminaban una mancha fosforescente, translúcida, de un metro de largo por medio de ancho y cuyo grosor resultaba difícil evaluar, precisamente por la relativa irregularidad de sus contornos y la misma naturaleza casi transparente del todo. El ser estaba parado junto a la compuerta y permanecía inmóvil por completo.

Raymond se inclinó un poco, a la vez que alargaba su mano derecha. Frèhan contuvo su gesto.

—¡No lo toque! —ordenó.

Raymond se enderezó.

—Me gustaría hablar con él —masculló.

—Si lo desease, ya lo habría hecho él. —Reflexionó unos instantes—. Me parece que ya sé lo que quiere.

—¿Señor? —murmuró Raymond.

—Desea marcharse —afirmó el joven.

—¿Está seguro?

—Su actitud lo demuestra. No obstante, vamos a comprobarlo.

Levantó la mano y presionó el botón de apertura de la compuerta. Ésta empezó a girar poco a poco.

El ser se deslizó en el acto a través de la estrecha rendija abierta. Casi en el acto, Frèhan invirtió el movimiento y cerró la compuerta.

A continuación extrajo el aire contenido en la esclusa. Cuando el marcador indicó que se había hecho el vacío, abrió la compuerta externa.

Un poco más allá, Raymond miraba a través de una lucerna.

—¡Demonios, qué manera de correr! —exclamó.

—¿Se ha ido ya?

—Como si le persiguiera su sastre, señor.

Frèhan sonrió al escuchar la divertida comparación del sargento. Pero casi en el mismo instante, Raymond volvió a hablar.

—Capitán, ahí vienen el doctor y su chica.

—Sí que vuelven pronto —comentó el joven—. Vaya a la cabina de mandos y dé la luz general. Yo les recibiré.

—Sí, señor.

Gebikov e Irina penetraron en la nave momentos después. El doctor se despojó del casco espacial.

—¿Qué diablos pasa aquí? ¿Por qué hace tanto frío?

Frèhan se sorprendió de la explosión de mal humor del científico.

—Doctor —dijo—, es que...

—No me dé explicaciones, capitán —cortó Gebikov iracundo—. Vaya y arregle estas deficiencias en la temperatura. Inmediatamente, ¿me entiende? —chilló, acometido de una furia irrazonable.

Frèhan se quedó boquiabierto. Volvió los ojos hacia Irina, pero la joven permaneció callada. Al cabo de unos instantes, la joven manifestó:

—Con permiso. Voy a quitarme el traje del espacio.

Frèhan se dio cuenta de que ella no traía a su vuelta el maletín que había sacado de la nave. Gebikov lanzó otro chillido.

—¡Capitán! ¿Qué hace ahí parado? Vamos, restablezca la temperatura en el acto y dispóngalo todo para zarpar dentro de cinco minutos. ¡Es una orden!

Por un instante, Frèhan se sintió tentado de asestar al científico un buen puñetazo en la nariz. Haciendo un esfuerzo, consiguió dominarse.

—¿Con qué rumbo? —preguntó.

—Se lo indicaré apenas estemos en órbita libre —respondió el doctor.

Y se marchó.

Quince minutos más tarde, el asteroide estalló como una bomba.

CAPÍTULO VII

Al despegar del T-3391, Frèhan había hecho describir a la nave una curva de varios miles de kilómetros de radio. La explosión se produjo precisamente cuando había trazado ya una semicircunferencia en el espacio, justo a la altura del asteroide.

La curiosidad que le acuciaba, vista la que parecía incomprensible actitud del doctor Gebikov, le había hecho conectar el visor telescópico, con objeto de escrutar los accidentes de la superficie del asteroide y ver si podía captar alguna imagen que le permitiera formarse alguna hipótesis razonable que contribuyera a aclarar el misterio que tanto le intrigaba. Merced a tal acción, pudo contemplar el estallido con la misma claridad que si se hallara a unas pocas decenas de kilómetros.

Apenas si se produjo un fogonazo; fue sólo un chispazo de pequeñas dimensiones, como si alguien hubiera disparado un «superflash» para tomar una gran fotografía. Dados los resultados producidos por la explosión, el fogonazo debiera haber resultado muchísimo mayor.

Para asombro del joven, el asteroide no se subdividió en multitud de fragmentos de diferentes tamaños, convirtiéndose éstos, a su vez, en una infinidad de pedruscos, como hubiera sido lógico esperar. La explosión lo convirtió en polvillo cósmico, simplemente.

Esto lo pudo comprobar mediante un rápido vistazo a la pantalla de radar, de una sensibilidad capaz de registrar meteoritos hasta de un centímetro de grueso, tamaño a partir del cual empiezan a ser realmente peligrosos para las astronaves. La pantalla no suministró ninguna indicación; el cielo aparecía limpio por completo en aquel lugar.

El suceso impresionó mucho al joven. Frèhan permaneció largo rato pensativo, sentado ante el cuadro de mandos, tratando de analizar las posibles consecuencias del hecho y, mejor todavía, sus orígenes y causas, pero no consiguió otra cosa que un fuerte dolor de cabeza.

De pronto, cuando menos lo esperaba, Gebikov le llamó a través del interfono.

—¿Capitán?

—Sí, doctor.

Gebikov ordenó:

—Haga el favor de buscar en la lista de asteroides el señalado con la cifra RV-5257. Trace una órbita hacia el mismo y procure que sea del mínimo tiempo posible. Yo voy a descansar un rato; me siento fatigado. Procuren no molestarme.

—Bien, doctor.

—Ah, otra cosa, capitán. ¿Qué temperatura marca el termómetro de a bordo?

—Veintiún grados, doctor.

—Sitúe el termostato en veintisiete y cinco décimas. Eso es todo.

Frèhan realizó maquinalmente las operaciones indicadas. En silencio, Raymond le trajo una taza de café, que el joven sorbió despacio, mientras observaba las indicaciones de los instrumentos.

Enseguida lanzó un gruñido de cólera.

Una hora más tarde, quedo establecida la órbita requerida. Entonces, conectó el piloto automático y se puso en pie.

—Ese «matasanos» —gruñó Raymond— nos va a freír vivos.

—Es una temperatura soportable —manifestó Frèhan. Y salió de la cabina de mandos.

Momentos después, tocaba con los nudillos ante la puerta del camarote que ocupaba Irina Maussen. La joven apareció ante sus ojos unos segundos más tarde, envuelto su esbelto cuerpo en una bata de baño.

—¿Capitán? —dijo con frialdad.

—Quiero hablar con usted, señora Maussen —manifestó el joven sin rodeos.

Irina vaciló unos momentos; luego, echándose a un lado, accedió.

—Pase usted, capitán.

La astronave había sido acondicionada con un lujo que a Frèhan, habituado a las espartanas angosturas de su patrullera, le parecía digno de alguno de aquellos potentados de la antigüedad conocidos con el nombre de nababs. La cámara que ocupaba Irina Maussen era amplia, espaciosa, y disponía de baño independiente. En uno de sus lados, había una especie de biombo, detrás del cual se ocultó la joven.

—Puede hablar mientras me cambio de ropa, capitán —dijo.

—De acuerdo. Señora Maussen, el asteroide ha explotado.

—Lo sé, capitán.

Frèhan dijo:

—Debo imaginar que esa explosión ha sido intencionada. ¿Se da cuenta de que, en tal caso, han infringido una serie de reglas, cuya sola enumeración me haría hablar durante una hora, sin interrupción?

Ella se asomó por encima del biombo, dejando ver los hombros, redondos y mórbidos.

—Soy la ayudante del doctor Gebikov —contestó.

—Eso no la exime de la responsabilidad correspondiente a un cómplice, señora Maussen.

—¿Acaso usted no lo es? —preguntó ella, agachándose un momento.

Frèhan se mordió los labios.

—Señora —dijo, impaciente—, sería mejor que me explicasen algunas de las cosas tan raras que están ocurriendo. Ese asteroide fue destruido por completo, convertido en polvillo cósmico literalmente. ¿Por qué?

Irina se irguió. Movió una mano y corrió el cierre delantero de su traje de una sola pieza. Luego salió de detrás del biombo.

—Lamento no poder darle explicaciones que sólo competen al doctor —dijo—. ¿Tenía algo más que preguntarme?

Frèhan apretó los labios. ¿Por qué una mujer tan hermosa, de cuerpo tan bello, de rostro de hermosura inigualable, se mostraba tan fría y esquiva? De repente, preguntó:

—¿Es usted casada?

La pregunta pilló desprevenida a la joven. Sus ojos fulguraron un instante.

—¿Por qué quiere saberlo, capitán?

—Su misma hermosura no le hubiese permitido permanecer soltera mucho tiempo. Pero si se casó, su esposo es un tonto por abandonarla tanto tiempo —declaró él con brutal franqueza.

Los ojos de la joven se oscurecieron un momento.

—Mi esposo murió hace meses —dijo.

—Lo siento. Perdóneme.

—No tiene importancia. —Ella sacudió la cabeza, y su melena, de brillantes resplandores bronceados, se agitó un poco—. En

realidad, esperaba esa pregunta por parte suya hace ya algún tiempo.

—No lo hice por discreción. Ahora lo lamento.

—Repito que no tiene importancia. —El tono de Irina se había vuelto frío de nuevo—. ¿Deseaba saber algo más de mí?

—No, porque ya veo que usted se niega a darme las explicaciones que creo merezco. El doctor me está tratando como un asalariado, cuando, en realidad, les estoy ayudando. Lo cierto es que me parece que usted no tiene la culpa de este súbito e incomprensible cambio de actitud del doctor.

—Ha encontrado unas dificultades con las cuales no contaba.

—¿Y por eso ha volado el asteroide?

Irina apretó los labios.

—Muy bien —dijo Frèhan—. Usted me dirá algo cuando tenga ganas. Mientras tanto, quizá le convenga saber algo que ignora.

—¿De qué se trata? —preguntó ella, un tanto sorprendida.

—He visto a un «Z».

Irina le contempló estupefacta.

—¿Está seguro?

—Positivamente. No me cabe la menor duda.

—¿Le importaría...? —La adusta expresión de Irina se dulcificó un poco. Al sonreír, su rostro adquirió una expresión muy distinta —. Perdóneme, capitán; iba a decirle que me contase lo sucedido, olvidando que tal vez, usted, a la vista de mi actitud, quiera corresponderme de manera análoga.

—Me imagino que a usted la obliga el doctor a callar. Yo no estoy en su caso. —Y le relató punto por punto lo ocurrido. Terminó —: Raymond es testigo de lo que acabo de decir.

—Le creo a usted, capitán. Y déjeme que le diga que es usted un sujeto muy perspicaz.

—Gracias, señora. ¿Se lo dirá al doctor?

—Ahora no. Está descansando. Se encuentra muy fatigado.

—Muy bien. De todas formas, gracias por todo, señora.

—A usted, capitán —sonrió ella.

Frèhan se retiró y enseguida volvió a la cabina. Más tarde, se enteró de que Irina se había preparado por sí sola la cena, que consumió en su propio camarote.

Al cabo de unas horas, Raymond se retiró a dormir. Un tanto

desvelado, pese a que era el momento que en la Tierra correspondía al período nocturno -a bordo seguían el mismo horario que los terrestres- permaneció en la cabina durante largo rato, dando vueltas en su cabeza al asunto que tanto le preocupaba, pues todo era muy misterioso.

De súbito se le ocurrió una idea. ¿Por qué no aprovechar el sueño del doctor y buscar en su camarote? Había muchas cosas que le resultaban incomprensibles, y la menor de ellas no era el tono despegado e imperativo que había empleado Gebikov en los últimos momentos.

Al mismo tiempo, quiso hacer una prueba. Buscó en el cuadro de mandos el interruptor correspondiente al termostato y situó la aguja indicadora en el cero de la escala centígrada. Era un riesgo el que iba a correr, prefería hacerlo de aquella manera.

Veinte minutes después, la temperatura interna de la astronave había descendido al punto de congelación del agua. Frèhan no lo notaba apenas, salvo en la cara y las manos, únicos puntos de su cuerpo que quedaban al descubierto. El traje que llevaba era de un tejido especial, absorbente del calor y conservador de la temperatura del cuerpo en lugares fríos. Una vez hubo alcanzado la graduación térmica deseada, se puso en pie y abandonó la cabina.

Sin titubeos de ninguna clase, se encaminó hacia el camarote de Irina. La joven dormía encogida sobre sí misma; era un movimiento instintivo de defensa ante el frío, que la había sorprendido durante su sueño. Frèhan temió que, si la baja temperatura se prolongaba, Irina acabaría por despertar y entonces, al dar la alarma, sus proyectos resultarían frustrados. Buscó una manta, se la echó por encima y salió enseguida de la habitación.

Después se dirigió a la cámara del profesor. Puso la mano sobre el pomo y permaneció en esta postura durante unos segundos, inmóvil, como si no se resolviese a franquear la puerta. De pronto, con súbita decisión, la abrió y pasó al otro lado.

La penumbra procedente del pasillo era suficiente para poder moverse en el interior de la cámara sin tropezar. Frèhan dio unos pasos hasta llegar junto al borde de la litera en la que estaba acostado el doctor.

Sin saber por qué, experimentó un gran alivio al ver a Gebikov completamente dormido. Pero casi al instante se percató de que en

la tranquila actitud del durmiente había algo extraño, un detalle que no cuadraba muy bien con el resto de la decoración.

Tardó algunos segundos en advertirlo, pero, cuando lo consiguió, explotó en su mente con la fuerza de un relámpago en noche de tempestad.

Una persona que duerme, no permanece inmóvil por completo. Por lo menos, su pecho se agita suavemente con los movimientos naturales de la respiración, se dijo Frèhan, y el doctor Gebikov no respiraba.

CAPÍTULO VIII

R

epuesto del aturdimiento que le había producido su descubrimiento, volvió sobre sus pasos. Lo primero que hizo fue despertar a Raymond. A continuación se dirigió a la cámara de la joven y encendió la luz.

Irina se despertó sobresaltada. Al verle en la puerta, lanzó un pequeño grito de cólera.

—¿Qué hace usted en mi habitación? ¿Qué es lo que pretende?

—Le ruego no tome a mal mis intenciones, señora Maussen —contestó él—, pero es de todo punto urgente que se vista. Tengo algo muy importante que decirle.

—¿Qué es? ¿De qué se trata, capitán?

—Haga lo que le digo —contestó él.

Y salió de la cámara, encendiendo un cigarrillo a continuación para ocultar su nerviosismo.

Irina apareció momentos después, atándose el cordón de la bata. Sus ojos brillaban un tanto irritados.

—Si se trata de una broma pesada —dijo.

—No hay bromas que valgan —repuso Frèhan—. Sígame.

Unos pasos más allá, entraron en la cámara del doctor. Raymond estaba allí aguardándoles.

—Mire usted, señora Maussen —dijo el joven.

Ella se acercó a la cama y puso el dorso de la mano en la mejilla del doctor.

—Está fría —exclamó.

—Como que es un fiambre —declaró el sargento con gráfica rudeza.

Irina se volvió hacia Frèhan.

—¿Cómo lo descubrió usted? —inquirió.

—Prefiero no contestar por ahora. El asunto que más nos importa es éste: el doctor ha muerto, y él era quien, según parece, llevaba el peso de las investigaciones. Usted era su ayudante. ¿Qué es lo que tiene que decir ahora?

Irina vaciló unos segundos. De pronto, todo su cuerpo sufrió un temblor nervioso.

—¡Qué frío hace! —exclamó.

—Es cierto —convino Frèhan—. Ray, suba la temperatura a veintiuno, ¿quiere?

—Bien, señor.

—Y prepare luego un poco de café. Señora Maussen, ¿le parece que vayamos a otro lugar más agradable que éste?

Irina se pasó una mano por la frente, aturdida por el inesperado suceso. Con suave firmeza, Frèhan la tomó del brazo y la llevó hasta la cámara de mandos, donde la joven tomó asiento en el diván.

—Enseguida traerán el café —dijo él—. Y ahora, ¿le importaría ser un poco más explícita y contarme algunas cosas que se me antojan inexplicables por completo?

Ella le dirigió una mirada llena de suspicacia.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡No irá usted a decirme que ha asesinado al doctor Gebikov sólo por satisfacer su curiosidad!

—No, ¿por quién me ha tomado usted? Pero es que casi desde el principio están pasando muchas cosas raras y, compréndalo, es lógico que quiera estar enterado de lo que sucede. El doctor está muerto, por lo tanto, usted ha quedado relevada de cualquier compromiso que pudiera haber adquirido con anterioridad.

Irina asintió en silencio. Su rostro, ligeramente contraído, expresaba la profunda preocupación que se había apoderado de su ánimo.

—¿Por qué destruyeron el asteroide?

—Yo no lo hice —contestó—. Ni siquiera sabía que el doctor tuviera intenciones de hacerlo. Me limité a llevar aquella caja y a dejarla donde él me dijo. Luego, se entretuvo por los alrededores

buscando con su linterna. A mí me ordenó que le esperase en determinado punto, a unos sesenta o setenta metros del lugar donde estaba la caja. Luego volvió y regresamos a la nave. Mi sorpresa fue tan grande como la suya al ver que el asteroide había estallado.

Irina parecía sincera, fue la deducción a que llegó Frèhan, después de escuchar sus palabras. Antes de que el joven pudiera seguir formulándole preguntas, llegó Raymond.

—El café —anunció.

Tomaron unos sorbos de la bebida. Frèhan inquirió:

—¿Qué es lo que hay en el asteroide RV-3257?

—Lo ignoro. Sé tanto como usted.

—Al parecer —declaró él con sarcasmo en su voz—, Gebikov no confiaba mucho en su bella ayudante. ¿Cuál era su labor en la Tierra, barrer el laboratorio?

Irina enrojeció.

—Oh, no, en absoluto. Trabajábamos en sus descubrimientos. Pero había muchas cosas que me resultaban incomprensibles. Aunque me dictase sus observaciones, gran número de veces se trataba de complicadas fórmulas que sólo él entendía. Por ejemplo —añadió—, la caja que usted observó llevaba yo, la preparó él en persona. Cuando yo la vi por primera vez, tenía el mismo aspecto que cuando la saqué de la nave.

—El doctor dijo que quería indagar acerca de los restos orgánicos, y metálicos que yo encontré en el T-3391. ¿Hallaron algo? —indago Frèhan.

—Yo no, desde luego.

Hubo una pausa. Raymond arrojaba en aquellos momentos una mirada al termómetro del cuadro de mandos.

—La temperatura está a veintiuno centígrados, capitán.

—Gracias, Ray. —Frèhan volvió a mirar a la joven—. Bueno, Gebikov está muerto. ¿Qué es lo que piensa hacer usted?

Ella aparecía desconcertada por entero.

—No lo sé. Mi preparación científica no puede compararse siquiera con la del doctor.

—Realmente, ¿cree usted en la amenaza de esos dos bandos?

—No es amenaza. En verdad, no han amenazado a los terrestres, ni muchísimo menos. Lo que ocurre, si de verdad resultan ciertas las hipótesis del doctor Gebikov, es que tomarán como campo de

batalla a nuestro Sistema Solar y entonces podemos resultar destruidos.

—Pero, ¿cómo demonios pueden hacer tal cosa? ¿Pretenden volar la Tierra como si fuese un petardo de feria? —exclamó Frèhan, sumamente irritado.

—¿No recuerda lo que le dijimos acerca de los efectos «X» y «Z»?

Frèhan apretó los labios.

—No se lo torne a ofensa, señora Maussen, pero creo que he hecho el más espantoso ridículo al unirme a ustedes. Esto me va a costar muy caro, por supuesto. —Hizo un gesto de resignación—. En fin, sólo me queda ya confiar en la benevolencia de los jueces.

—Nos esperan unos cuantos años de encierro —añadió Raymond, en tono lúgubre.

—Tengo dinero —ofreció ella—. Pagaré a un buen abogado para que…

—Es inútil —cortó él—. Mi delito está bien definido. No hay atenuantes que valgan y…

De pronto, el trueno de una voz irrumpió en la cámara a través de los altoparlantes.

—¡Capitán! ¡Capitán Frèhan!

El joven se puso en pie de un salto. Irina se levantó algo más despacio, pero acometida por un temblor nervioso que sacudía todo su cuerpo de pies a cabeza.

—¡Dios mío! ¡Es el doctor!

—¡Capitán Frèhan! —tronó Gebikov—. ¿Es que no me ha oído usted? ¡Venga enseguida a mi cámara!

El joven dio dos pasos, pero antes de salir se volvió hacia el cuadro de mandos y colocó el indicador del termostato en la cifra 27,5. Luego salió, seguido de Irina y el sargento.

Gebikov le contempló con ojos en los que se expresaba una irritación sin limites.

—Capitán —le espetó, apenas hubo aparecido en la cámara—, ¿qué diablos pasa aquí? ¡Estoy tiritando de frío! ¿Que clase de calefacción hay en este maldito cascajo?

Frèhan procuró dominar la sorpresa que le producía la inesperada vuelta a la vida del científico.

—No lo sé —contestó con brusquedad—. Usted lo compró. ¿Por qué no reclama al constructor?

Por un momento, Gebikov se quedó parado, con los ojos y la boca muy abiertos.

Gritó:

—¿Qué modales son ésos, capitán? ¿Olvida usted quién soy yo?

—No; pero usted sí ha olvidado que está tratando con personas y piensa que todos los que nos hallamos a bordo de la nave somos sus esclavos —contestó el joven, de mal talante. Y añadió—. Se trata de una ligera avería del termostato, que el sargento acaba de reparar hace unos instantes.

La respuesta de Frèhan pareció amansar un tanto al científico.

—Está bien, le ruego me perdone. —Pero su tono no tenía la humildad requerida—. ¿Qué hace usted aquí, Irina? —preguntó, al ver a la muchacha al lado de Frèhan.

—Tenía insomnio y se levantó a tomar una taza de café —se apresuró a explicar el joven—. ¿Necesita algo más de mí? Dentro de unos minutos tendrá usted la temperatura requerida, doctor.

—No, gracias; eso es todo.

Frèhan se dispuso a salir de la cámara. Pero, antes de hacerlo, se volvió una vez más hacia Gebikov.

—Doctor, ¿puede usted decirme qué es lo que vamos a buscar al KV-3257?

—¿Tanta prisa le corre saberlo, capitán?

El joven procuró contenerse.

—Si no recuerdo mal del todo, ustedes me convencieron para que les ayudase, basándose en una supuesta situación de extrema gravedad. Por regla general, no me gusta obrar a ciegas; no sé si comprende usted lo que quiero decirle.

—Le comprendo perfectamente, joven —replicó Gebikov, en tono seco—, y mi respuesta es que debe usted esperar a llegar al citado asteroide para conocer el resto de las circunstancias.

—Supóngase que no llegamos, doctor.

Hubo una pausa de silencio. Gebikov trató de digerir las palabras pronunciadas por el joven.

—Tenga la bondad de explicarse, capitán. —Su tono era cortante como el filo de un cuchillo.

—Simplemente, que puedo hartarme de todo lo que está pasando aquí y que, aun a riesgo de ser encarcelado para una docena de años, virar en redondo e iniciar el regreso a la Tierra.

—¿Y por qué iba a hacer usted tal cosa?

—Porque cada vez me gusta menos lo que está pasando a bordo de esta nave —replicó el joven. Terminó—: Doctor, le doy de plazo hasta nuestra llegada al RV-3257. Si para entonces no he recibido una explicación congruente y satisfactoria, tenga la seguridad de que no pienso convertirme en un merodeador del espacio. Adivine usted el resto.

Apartó a Irina a un lado, con gesto firme pero cortés, y salió de la cámara con paso rápido.

CAPÍTULO IX

Los días transcurrieron con lentitud.

A bordo de la nave reinaba una tensión continua, que se traducía en pequeños roces y menudos chispazos, producidos por motivos insignificantes. Gebikov era el autor de la mayoría de ellos, aunque Frèhan había tomado ya el partido de no intimidarse por sus exabruptos, contestándole de igual o peor manera. Estaba decidido a demostrar que, si bien consentía en ayudarles, no se sentía dispuesto a dejarse avasallar por nadie. Sus respuestas no complacían precisamente a Gebikov y de ahí que los motivos de fricción resultasen casi continuos.

Las cosas no marchaban bien.

—Esto no puede seguir así —declaró un día, cuando ya estaban a menos de una semana de viaje del RV-3257. Estaba solo y, sin darse cuenta, habló en voz alta.

—¿Por qué no puede seguir así? ¿A qué se refiere usted, capitán?

Frèhan se volvió sorprendido. Irina había penetrado en silencio en la cámara, sin que él se diese cuenta hasta que oyó su voz.

—Lo siento —dijo—. Estaba hablando conmigo mismo.

—Sus palabras expresaban lo que pensaba. ¿Se refería usted a la situación actual?

—Desde luego.

Hubo una pausa de silencio. De pronto, Frèhan dijo:

—Señora Maussen, usted lleva mucho tiempo con el doctor. ¿No le parece un tanto extraña la actitud que ha adoptado?

—Es cierto, pero no se lo tome usted demasiado en cuenta. Todos los hombres de ciencia tienen sus rarezas...

—¡Es que las del doctor Gebikov empiezan ya a rebasar los límites de la prudencia! —barbotó él.

—Lo sé —suspiró la joven—, pero le recomiendo tenga calma. Siempre ha sido así; lo que pasa es que si en los primeros momentos se portó más cortésmente con usted, fue debido... digamos a la falta de confianza.

—Hay confianzas que matan —gruñó él. Se pasó el dedo por el cuello de la camisa—. ¡Demonios, qué calor hace!

Miró el termómetro. La aguja señalaba la cifra 27,5 prescrita por Gebikov.

—Me parece que ya sé quién tiene la culpa de todos estos chispazos —dijo.

—¿Sí? —exclamó ella, muy interesada.

—Escúcheme bien. Veintisiete grados y medio es una buena temperatura, rozando los límites de lo caluroso. En la Tierra no tiene nada de particular, porque el calor queda compensado por el período de enfriamiento nocturno. Pero aquí es una temperatura constante, inmutable, que no ha variado desde que se fijó esa cifra en el termostato. Ni siquiera se produce la pequeña variación que ocurre en una casa, aunque su interior esté climatizado, cuando se abre la puerta de la calle. ¿Me va comprendiendo?

—A medias.

—Pues bien, se lo diré con toda claridad: veintisiete grados y medio, sin ninguna variación, es una temperatura que, a la larga, se hace calurosa.

—¿Y...?

—Pues bien, donde hace demasiado calor, uno se aplana o se enerva. Si fuera un viaje normal, nosotros estaríamos aplanados, pero como no es así, sino que nos sentimos excitados ante las circunstancias que nos rodean, el calor produce efectos enervantes y de ahí los chispazos y las fricciones.

—Muy bien, pero eso tiene fácil remedio: una ducha fría de cuando en cuando y... Hay abundancia de agua a bordo —indicó Irina.

—Para mí, sí; pero ¿el doctor? Gebikov querrá su ducha bien calentita.

—¿Por qué dice eso, capitán?

—Porque es un «X».

Un penoso silencio se abatió sobre la cámara.

Transcurrieron algunos segundos. Sólo se oía el leve rumor del tic-tac de un reloj y, al fondo, muy a lo lejos, el ligerísimo ronroneo de la maquinaria del navío espacial.

La cara de Irina estaba blanca como la nieve.

—¡Dios mío! —exclamó.

No dijo más, pero la expresión de sus facciones era suficiente: creía al joven.

De pronto, antes de que ninguno de los dos pudiera hablar, estalló en la cámara el chirrido de un timbre de alarma.

El sobresalto de Irina fue tal, que no pudo por menos de exhalar un pequeño gritito. Más experimentado, Frèhan alargó la mano y tocó un interruptor.

El sonido del timbre cesó de inmediato. Las manos de Frèhan se movieron con rapidez por encima del teclado del cuadro de mandos.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó ella.

Frèhan señaló un punto brillante en la pantalla de radar.

—Vea —contestó—. Esa nave. Está en un grave aprieto. El sonido del timbre de alarma corresponde a una petición automática de socorro.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó ella.

Frèhan desconectó el piloto automático.

—Acudir en su ayuda, naturalmente.

Manejó los controles que accionaban los chorros direccionales. El punto brillante se movió muy despacio en la pantalla, hasta situarse justamente en el centro de la retícula.

Con mano experta, Frèhan movió los controles, situando la nave justo en la órbita requerida; estableció las coordenadas en la computadora, calculó y obtuvo las distancias y órbitas correspondientes, y a continuación se puso en pie, dejando que la nave marchase por inercia en el rumbo prefijado.

—El aparato no contesta a las señales de identificación —manifestó.

—¿Opina que deben ser muy graves sus averías?

—Señora Maussen —dijo él, en tono sentencioso—, cuando una nave emite una señal de alarma como la que nosotros hemos captado y luego permanece silenciosa, los pronósticos no pueden ser optimistas de ningún modo. Hay determinadas averías en una nave del espacio cuyas consecuencias son funestas para sus tripulantes.

Y se dirigió hacia la salida de la cabina, en el momento en que el doctor Gebikov irrumpía en ella con paso rápido.

—¿Qué ocurre, capitán? —preguntó—. ¿Por qué ha variado el rumbo de la nave?

—Hay un aparato en peligro —contestó el joven—. Nuestra obligación consiste en…

—¡Su obligación consiste en obedecerme a mí, capitán! —tronó Gebikov—. Le di orden de conducirme al asteroide RV-3257; lo que haya podido suceder a esa nave y a sus tripulantes carece de importancia comparado con los daños que podemos evitar si actuamos a tiempo. Rectifique su órbita en el acto.

Frèhan contempló el rostro del profesor unos instantes. De pronto, sin previo aviso, disparó su puño derecho con violencia terrorífica contra la mandíbula del doctor.

Gebikov cayó hacia atrás como una masa inerte. Los brazos del sargento Raymond parecieron surgir de la nada, justo a tiempo de recoger el cuerpo del científico.

—Celebro haber llegado en una ocasión tan oportuna —sonrió anchamente—. ¿Por qué no lo hizo antes, señor?

Frèhan movió la cabeza.

—Enciérrelo, Ray —dispuso—. No lo suelte hasta recibir una orden mía. —Se volvió hacia la joven y la miró con intención—. Orden personal mía —añadió.

—Desde luego, señor —contestó Raymond. Ella no dijo nada.

Raymond se llevó el cuerpo de Gebikov con toda facilidad. Al quedarse solos, Frèhan se chupó los nudillos de la mano derecha.

—Para ser un «X», tiene la mandíbula bastante dura —comentó, irónicamente.

Media hora más tarde, se había colocado un traje del espacio y se hallaba junto a la esclusa de salida. La nave averiada estaba al otro lado, a unos treinta metros de distancia. Frèhan no confiaba en

hallar supervivientes a bordo; había divisado parte de un enorme boquete en el casco y tenía la suficiente experiencia sobre el particular para saber que, después de semejante desastre, resultaba imposible que quedara ningún superviviente.

No obstante, tenía que hacer lo que cualquier astronauta hubiera hecho en su lugar: investigar y agotar todas las posibilidades de encontrar a alguien con vida. Sólo entonces continuaría su rumbo.

Raymond lanzó los arpeos electromagnéticos que enlazaron las dos naves, haciéndolas navegar por el espacio en sendas órbitas paralelas. A continuación, Frèhan se metió en la esclusa.

La compuerta interna fue ajustada y el aire de la esclusa vaciado. Entonces, cuando los indicadores señalaron una falta absoluta de presión, manejó el mando de apertura de la compuerta externa.

El espacio externo no le impresionó demasiado; había salido ya muchas veces fuera de una nave, a lo largo de doce años de patrullas. No obstante, contemplar el impresionante panorama del Universo sin el obstáculo de una atmósfera que enturbiase la visión, era algo que siempre le había agradado. En esta ocasión, sin embargo, no podía perder tiempo en la contemplación del paisaje estelar. Valiéndose de su pequeño reactor individual, se propulsó hacia delante, recorriendo el trecho que le separaba de la nave siniestrada en pocos segundos.

Al llegar junto a ella, sus impresiones pesimistas se acentuaron. Después de aquel terrible accidente, nadie podía haber sobrevivido.

El boquete era enorme; medía más de dos metros de diámetro y tenía un trazado casi completamente circular. Le extrañó la relativa limpieza de los bordes del orificio: daba la sensación de que hubiese sido ejecutado por algún proyectil de elevada velocidad.

Pero no encontró en el interior de la nave ningún rastro de proyectil, ni tampoco de lo que parecía lógico hallar: huellas de algún meteorito que hubiese chocado con el aparato. Además, dado el volumen del mismo, lo lógico era que algunos fragmentos del cuerpo celeste hubieran atravesado la nave, abriendo otro u otros orificios en el costado opuesto. Sin embargo, nada de esto había sucedido.

No tuvo necesidad de buscar la escotilla para penetrar en el interior de la nave; para ello le bastó atravesar la abertura natural

que era el orificio. Encendió la linterna que llevaba sobre el casco y el haz de rayos luminosos disipó las tinieblas en el acto.

Se encontró con un cadáver, cosa que no le extrañó sobremanera. Lo que sí le extrañó fue que el muerto tuviese puesto el traje de vacío. Un rápido vistazo a los instrumentos le dijo que los aparatos de renovación del aire y la calefacción continuaban funcionando. Dio media vuelta al interruptor correspondiente y los aparatos dejaron de funcionar.

Continuó examinando el navío espacial. Pudo darse cuenta de que se trataba de una nave comercial, un carguero del espacio, por lo que todos sus ocupantes eran tripulantes, no pasajeros. Pero no había ninguno con vida.

Sin embargo, lo que más sorpresa le causó fue que todos los cadáveres tenían puesto y en funcionamiento el traje de vacío. Por el momento, le resultó incomprensible la causa que había producido la muerte a veintitantos hombres. Después pensó que tal vez la enorme vibración originada en el casco por el impacto, había bastado para matar a toda la tripulación. Examinó, sin su casco, uno de los cadáveres, y vio su cara cubierta de una capa violácea, con todo el aspecto de un colosal hematoma. «Derrame interior e instantáneo», diagnosticó, basándose en la experiencia de algunos –pocos- casos que había conocido con anterioridad. Una enorme vibración, súbita e instantánea, causaba en el cuerpo humano tal sacudida, que la muerte se producía de modo fulminante, al estallar de golpe todos los vasos del sistema sanguíneo.

Todo aquello era muy extraño.

Se incorporó, muy pensativo. Al parecer, los tripulantes del carguero espacial habían intuido algún peligro antes de que se produjese el impacto del fenomenal proyectil. El capitán debía de haber dado la orden de que todos se embutiesen dentro de los trajes de vacío. Pero ¿qué clase de peligro les había amenazado?

Buscó la cámara del capitán. El diario de a bordo, sin duda, se lo aclararía, mejor que cualquier hipótesis que pudiera formularse.

Encontró el diario de a bordo. Pero faltaban las hojas correspondientes a las anotaciones de los dos últimos días.

El misterio se acentuaba a cada momento que pasaba. Salvo los muertos y el orificio destructor, la nave se hallaba en buen estado; su interior no había padecido apenas. Algunas roturas de vidrios,

algún mamparo resquebrajado, esto resultaba lógico después de un accidente de tal envergadura.

Le hubiera gustado estar más tiempo, a fin de continuar sus pesquisas. Pero pensó en el doctor Gebikov y ello le hizo contener sus impulsos.

Caminó hacia el boquete que había causado la catástrofe. En el momento en que se disponía a salir, un vivo fulgor iluminó la noche del espacio.

Libre de sus arpeos metálicos, la nave del doctor Gebikov partía rauda, desapareciendo de la asombrada vista de Frèhan en contados segundos.

CAPÍTULO X

Permaneció quieto en el borde del orificio, contemplando la rapidísima marcha de la nave, el resplandor de cuyos chorros se perdió en pocos momentos. La cólera hervía en su pecho, pero era lo suficiente sensato para saber que dar rienda suelta a sus sentimientos no le iba a servir de nada en aquellos instantes.

De alguna forma que ignoraba, Gebikov debía de haberse liberado de su encierro y recobrado el mando de la nave. Pilotarla ahora hasta el RV-3257 resultaba relativamente fácil; bastaba reinvertir la cinta perforada, con las indicaciones de órbita, velocidad y coordinadas del asteroide, y ponerla de nuevo en funcionamiento, la segunda vez hacia delante, con lo que las indicaciones grabadas en la cinta pondrían en acción el piloto automático. La maniobra más difícil sería la toma de tierra, pero Frèhan sabía que quien se había arriesgado a zambullirse en el espacio, a más de cuatrocientos millones de kilómetros de la Tierra, no se detendría por tan poca cosa.

La certidumbre de que Gebikov había resultado ser un «X» se afianzó en su cerebro. La continua necesidad de calor, el aletargamiento producido por la baja de temperatura, aletargamiento que le había producido una total catalepsia, hasta el punto de que le habían creído muerto, eran factores, a su juicio, que

abonaban de modo incontrovertible sus suposiciones, ya convertidas en realidad.

Pero, si Gebikov era un «X», ¿dónde estaba el auténtico Gebikov?

De pronto se formuló una pregunta que le dejó helado.

¿Había existido alguna vez un doctor Gebikov? Su amigo Nutalsky le había recomendado ver a Gebikov. Indudablemente, como oficial de la Subpolicía, debía de estar enterado de algunas de las investigaciones que practicaba el científico, pero ¿se había preocupado alguien de obtener informes sobre su vida privada? ¿Había alguien que pudiera garantizar que Gebikov era un terrestre?

Quizá lo habían dado por sentado desde un principio. Los «X» y los «Z» llevaban muchísimos años, siglos quizá, merodeando por el sistema solar. Gebikov podía ser muy bien uno de ellos, en tal caso.

Pero esto no le podía sacar en modo alguno del apuro en que se encontraba. Se hallaba a bordo de una astronave que flotaba sin rumbo en el espacio, un ataúd errante de destino final imprevisible.

Era preciso hacer algo. Frèhan no era hombre que se dejase abatir por la adversidad, salvo cuando veía que todos los esfuerzos resultaban humanamente inútiles. Y él no había realizado todavía ninguno para intentar salvarse. Aún podía hacer algo para salir de la gravísima situación en que se encontraba.

Regresó a la cámara de mandos. Probó el sistema estanco. Tal como suponía, se hallaba averiado. Consultó la brújula espacial; el rumbo de la nave estaba orientado directamente hacia Marte. Al parecer se dirigía hacia el cuarto planeta del sistema, después de haber realizado una operación comercial. Pero era un carguero lento, que volaba por inercia, una vez establecida la órbita precisa. No era una astronave, que podía orbitar a grandes velocidades, sin tener en cuenta el consumo del combustible. Basándose en su experiencia, Frèhan calculó que el derrelicto espacial tardaría al menos dos meses en situarse en las inmediaciones de Marte.

¿Y después?

La radio no funcionaba. Probó el enlace de control con los chorros propulsores. Las esferas marcadoras permanecieron quietas.

El impacto había destrozado por completo los sistemas de conexión de la cabina de mando con los motores. Dada su situación,

no había ni qué soñar en arreglarlos. Lo de buscar un trozo de cable y hacer un empalme, sólo pasaba en las historietas ilustradas de aventuras del espacio. Allí se necesitaban todos los obreros de un astillero astronaval para poner de nuevo el aparato en funcionamiento.

Buscó el mando de emergencia. Debía de haber una batería para casos semejantes. Por fortuna, la batería se hallaba en la parte delantera. Esto le permitió aislar la primera mitad de la nave. El aire se había escapado y tuvo que echar mano de los depósitos de reserva. No se atrevió a consumir demasiado y por ello dejó tan sólo una presión equivalente a tres mil metros de altura en la Tierra.

Se quitó el casco. Tenía veintitantos trajes del espacio de reserva, para caso de apuro. Y preveía que, si la cosa se estiraba demasiado, tendría que empezar a utilizarlos no antes de mucho; las reservas principales de oxígeno se hallaban en la parte posterior… si no habían resultado volatilizadas por el choque.

De momento no podía hacer nada. Era preciso tomar las cosas con un poco de filosofía y ver si podía aguantar en aquellas circunstancias los dos meses que le faltaban para llegar a Marte. La cocina, por lo menos, estaba bien provista. Mientras consumía el contenido de una lata de fruta en conserva, pensó en Gebikov y su nave. ¿Qué habrían hecho Irina y Raymond? ¿Qué estaría pasando en aquellos momentos?

Al cabo de un rato, sintió sueño. Buscó una litera y, tras despojarse del resto del traje espacial, se tendió, durmiéndose casi enseguida.

Despertó horas más tarde, sobresaltado por un ruido extraño que le hizo sentarse de golpe en la litera, sin saber concretamente por qué.

El corazón latió con violencia dentro de su pecho al escuchar el sonido del segundo golpe. Alguien llamaba a la puerta que separaba las dos mitades de la astronave y lo hacía con un instrumento pesado y contundente, una llave inglesa o un martillo.

La puerta estanca se abría desde adentro, lo cual significaba que los individuos que había al otro lado, no podían entrar, a menos que la volasen o bien usaran soplete. Pero los golpes seguían sonando. Tomó el casco y dio media vuelta al interruptor de la radio individual. Manejó al dial de frecuencias, hasta que captó en

los auriculares el inconfundible sonido de una conversación sostenida entre dos o tres hombres. Procuró dominar la alegría que sentía al saberse salvado.

—¡Eh! —exclamó a través de la radio—. ¿Quién es?

Captó en los auriculares una exclamación de sorpresa. Después, alguien contestó:

—Soy el capitán Boris Petrovich, comandante de la PTE388-C.

—¡Petrovich! —exclamó el joven—. Soy Frèhan.

—¡Demonios, Frèhan! ¿Seguro?

—Hombre, ¿no voy a saberlo yo mismo? ¿Qué haces por aquí?

—Te lo diré cuando hayas abierto, es decir, si puedes hacerlo desde ahí.

—Claro que sí. Espera un momento; voy a ponerse la escafandra. Ah, apartaos a un lado; no hay esclusas y el aire saldrá con violencia.

—De acuerdo.

Embutirse en un traje espacial resultaba siempre una labor molesta y engorrosa. Cuando terminó, habían transcurrido ya quince minutos.

Entonces pulsó el mando de apertura. El aire se escapó con sordo zumbido en un santiamén. Por suerte, había tomado la precaución de agarrarse a uno de los sillones de la cámara de mandos, con lo que evitó el fatal efecto de succión producido por la instantánea expulsión del aire al vacío. Apareció una nube blanquecina, que se disipó a los dos segundos, y entonces, se dirigió hacia la salida.

Había tres hombres, sobre cuyas escafandras podían verse los emblemas de la Policía Orbital. Uno de ellos ostentaba las insignias de capitán.

—¿Qué tal Boris? —saludó el joven—. Gracias por haber venido a salvarme. ¿Cómo habéis aparecido tan oportunamente?

—Captamos tu llamada —respondió el oficial—. Señalaste las coordenadas espaciales con gran precisión y por eso nos fue muy fácil localizar esta nave.

Frèhan miró a su amigo con los ojos muy abiertos.

—¿Que yo... que yo os llamé? —dijo, estupefacto—. Pero si...

Apretó los labios, sin querer seguir más adelante. Un nuevo misterio más que añadir a los muchos en que venía

desenvolviéndose desde hacía meses.

—Tienes razón —dijo—. Gracias, de todas formas, Boris. ¿Tienes ahí tu nave? ¡Qué pregunta! —exclamó, riendo con nerviosismo—. No ibas a venir a pie.

El capitán Petrovich aparecía muy serio, como asimismo los dos agentes que le acompañaban.

—Luis —dijo al cabo de unos momentos—, tengo malas noticias para ti.

Frèhan se estremeció.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Estás acusado de deserción y alta traición. Todos los comandantes de naves patrulleras tenemos órdenes severísimas de detenerte allá donde te encontremos y conducirte en el acto al Cuartel General de Marte. —Petrovich hizo una pausa, respirando profundamente—. Ignoro las causas que te indujeron a obrar de tal manera, pero en base a la amistad que tuvimos en tiempos, te agradeceré que no opongas resistencia alguna al arresto.

Frèhan miró a su amigo con fijeza. «¿Qué esperabas?, se dijo amargamente. Esto tenía que ocurrirte un día u otro. Te dejaste seducir por la labia de un canalla y, más todavía, por los lindos ojos de una mujer que es un témpano de hielo... y ahí tienes las consecuencias».

Esforzándose por mantenerse tranquilo, contestó:

—Procuraré no darte quebraderos de cabeza, Boris.

—¡Gracias, Luis! Sabía que lo harías así. ¿Vamos?

CAPÍTULO XI

E

l capitán Petrovich leyó la declaración que había redactado Frèhan en la escritora automática y movió la cabeza con gesto de disgusto.

—No dices mucho, la verdad.

—Si dijera la verdad, nadie me creería —respondió el joven—. Dámela; te la firmaré para que la transmitas ahora. ¿A qué distancia nos hallamos ahora exactamente de Marte?

—A unos doscientos veinte millones de kilómetros, en números redondos.

—La transmisión tardará en llegar poco más de doce minutos.

—Así es, Luis.

Frèhan se encogió de hombros.

—No quiero darte problemas, Boris. ¿Dónde está mi encierro?

—Puedes moverte libremente por la nave. De todas formas, te asignaré una cámara para tu uso propio. ¿Quieres algo de comer?

—No, gracias. Indícame mi alojamiento, por favor. Ah, sí, dame cigarrillos y fósforos.

—No faltaría más —respondió Petrovich.

En la soledad de su camarote, tendido en su litera, Frèhan meditó durante largo rato. No sentía pena ni lástima por sí mismo; sabía que eran sentimientos que en nada contribuirían a mejorar su situación. Lo que sí pensaba era que se había arriesgado por nada, por satisfacer una curiosidad en un aspecto que, estrictamente, bien poco le importaba. Había querido hacer el héroe, tal vez sin darse cuenta, y su acción le había conducido a la situación actual. Resumió sus amargos pensamientos diciéndose que se lo tenía bien merecido. Lo sintió únicamente por Raymond, a quien un exceso de fidelidad había arrastrado quizás a su ruina y aun a la muerte. También se lamentó de la suerte de Irina Maussen; quizá la joven había vivido en el engaño, hasta que el doctor K. Gebikov se adueñó otra vez de la espacionave. Ahora, sin embargo, cualquier lamentación no servía para nada.

Pasó el tiempo. Fumó media docena de cigarrillos. Dormitó un par de veces, aunque sin llegar a conciliar un sueño profundo. Luego empezó a sentir apetito. De pronto, cuando menos lo esperaba, Petrovich irrumpió en la cámara.

Frèhan se puso en pie, dándose cuenta al instante de que algo extraño ocurría, a juzgar por la expresión del rostro de su amigo. Sin embargo, no parecía traerle malas noticias.

Petrovich sostenía en la mano un papel.

—Toma —dijo—. Es para ti. Del Cuartel General.

Frèhan cogió el papel. Sorprendido al máximo, leyó el contenido.

Era el siguiente:

Cuartel General Policía Orbital

a capitán Luis Frèhan.

Asuma el mando operaciones tendientes a capturar cualquier precio doctor Karl Gebikov. Capitán Boris Petrovich y tripulación patrullera PTE288-C obedecerán todas sus órdenes en dicho sentido.

—Bien —dijo Petrovich, sonriendo ampliamente—, ¿cuál es tu primera orden al respecto?

—De momento, sólo una: Di a tu navegante que trace una órbita, rumbo al asteroide RV-3257. Después hablaremos.

—Lo que digas, Luis —contestó el oficial—. Me alegro de que todo haya salido bien.

Momentos después, se encontraban en la cabina de mandos. El navegante estaba calculando los datos necesarios para hallar el nuevo rumbo.

Un tripulante trajo café. Mientras sorbían la infusión, Frèhan relató a su amigo, a grandes rasgos, todo cuanto le había sucedido desde que captaron la explosión en el T-3391.

Petrovich se sintió muy preocupado al escuchar la narración.

—¡Demonios! ¡Si esos tipos son como dices, deben de resultar muy peligrosos, Luis!

—El doctor Gebikov no fue inmune a un buen puñetazo. De todas formas, me preocupan la suerte que hayan podido correr su ayudante y el sargento Raymond.

Petrovich preguntó:

—¿Qué harás cuando estemos en el RV-3257, Luis?

Frèhan reflexionó un momento, mientras dejaba vagar su vista por el espacio.

—Si es un «X», como yo me supongo, resulta sumamente sensible a las bajas temperaturas. Eso ya quedó demostrado a bordo de su nave.

—Pero tú mismo has dicho que viven en el espacio, que no usan astronaves, a menos que empleen el aspecto de un hombre —alegó Petrovich.

—Precisamente por eso mismo lo digo, Boris —contestó Frèhan —. Si pudiéramos averiarle el sistema calefactor de su traje de vacío... Ahora está bajo la apariencia del doctor Gebikov. No sabemos si es él, quiero decir, si se llamó así desde un principio o,

por el contrario, existió alguna vez un auténtico doctor Karl Gebikov.

—Eso es cosa fácil de saber. Pondré un mensaje al Cuartel General, para que lo retransmitan a la Tierra y nos informen con la mayor rapidez posible. ¡Harkey! —llamó al navegante.

—¿Señor?

—¿Cuánto tardaremos, siquiera sea aproximadamente, en llegar al RV-3257?

—Estoy terminando de hacer los cálculos, capitán —respondió el navegante—. No obstante, puedo anticiparle que el tiempo oscila entre las ciento diez y las ciento veinte horas.

—Es decir, casi cinco días —exclamó Frèhan con gesto de desesperación—. Y ellos nos llevan, por lo menos, doce horas de adelanto.

—No te desanimes —le dijo el capitán de la patrullera—. No creo que hayan ido al asteroide sólo para estar allí cinco minutos. Daré orden de que se acelere nuestra velocidad al máximo.

—No hay patrullera que pueda compararse, en velocidad, con la nave de Gebikov. Y si pone en funcionamiento sus antidetectores, pasaremos a diez metros de ellos sin verles. Bueno, todo es cuestión de paciencia —se resignó—. Mientras tanto, volvamos al asunto de la identidad de Gebikov. Haz que transmitan ese mensaje a la Tierra, a través del Cuartel General. Procura que le concedan la máxima prioridad, Boris.

—De acuerdo, Luis.

Los días que siguieron fueron de una constante tensión nerviosa para Frèhan, quien apenas si descansaba, pasándose largas horas en la cabina de mando, como si con ello pudiera ayudar a la velocidad de la patrullera. Fue preciso que transcurrieran setenta y dos horas antes de que recibieran la respuesta al mensaje enviado por el capitán Petrovich.

> De cuartel general policía orbital
>
> A capitán Luis Frèhan.
>
> Lamentamos no poder facilitar otros informes sobre doctor Karl Gebikov que los ya conocidos. Aspecto físico y actividades científicas son los mismos que desempeñaba hasta el momento de su partida de la Tierra. Existe constancia de sus

estudios y graduación en Universidad Superior de Ciudad-Capital, pero todo es referido al mismo individuo que conocemos bajo su actual apariencia. Deberá obrar máxima cautela, apresándole con vida si es posible, objeto conocer sus trabajos científicos e intenciones respecto a efectos «X» y «Z». Fin del mensaje.

Luis Frèhan arrugó el papel en la mano.

—Eso no nos dice gran cosa —masculló, irritado.

—¿Esperabas que te dijeran que el auténtico Gebikov había aparecido en el sótano de alguna vieja casa de campo, atado y amordazado, mientras que el suplantador tomaba su puesto? —exclamó Petrovich con ironía—. Si las cosas son como son, el doctor Karl Gebikov debe de hacer ya muchos años que está convertido en albóndigas.

—Es posible que tengas razón —convino el joven despacio. Encendió un cigarrillo—. Bien, ya sólo nos faltan cuarenta y ocho horas para llegar al asteroide. Suponiendo que esté allí todavía, ¿qué me sugerirías tú para atraparle?

—Gebikov está ahora sujeto a las limitaciones que le impone la forma humana que ha adoptado —expresó Petrovich.

—Pero sigue siendo un «X».

—Eso es cierto. —Petrovich se tiró del labio inferior, meditabundo—. Tú dijiste que el frío le hace pasar muy malos ratos.

—Desde luego.

—Si pudiéramos estropearle la calefacción de su traje espacial…

—Suponiendo que, en el momento de nuestra llegada al RV-3257, se encuentre fuera de la astronave.

—Es cierto —repitió el capitán de la patrulla—. Pero si no ha ido allí para salir de la astronave, ¿para qué demonios ha ido? Escucha, ¿tú crees que habrá dado muerte a su ayudante y a Raymond?

—No puedo asegurarte nada, la verdad.

—Supongamos que siguen viviendo. Podríamos enviar un mensaje a Raymond.

—El doctor lo captaría también.

—¿Conoce él la clave A, la más sencilla de todas las que usamos,

la que todo miembro de la P. O. está obligado a conocer de memoria?

Los ojos de Frèhan se desorbitaron.

—¡Cielos, es verdad! ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes? Escucha —añadió, lleno de excitación—. Voy a redactar un mensaje sencillo para Raymond. Uno de tus hombres, que se relevará cuando sea preciso, irá repitiendo ese mensaje periódicamente, hasta que tengamos respuesta... o la seguridad de que Raymond no puede contestarlo —concluyó en tono sombrío.

Permaneció unos momentos inmóvil. Luego, al cabo de unos minutos, pidió un lápiz y un papel y garrapateó unas líneas en el segundo.

Ordenó:

—Ahí está. Haz que lo transmitan en la clave A cada treinta minutos, por ejemplo.

—De acuerdo —contestó Petrovich.

El mensaje decía así:

> De capitán Luis Frèhan
>
> A sargento Raymond.
>
> Proceda detención inmediata doctor Gebikov dondequiera se encuentre, utilizando todos los medios a su alcance. Imperativo arrestarle con vida, si es posible.

En las cuarenta y ocho horas siguientes, el mensaje fue transmitido noventa y seis veces.

Cuando llegaron a la vista del RV-3257, aún no habían recibido la menor respuesta.

Frèhan contempló la superficie del asteroide con ojos sombríos. Temía por la suerte de Raymond y temía también por la de Irina Maussen. En aquellos amargos instantes, se dio cuenta de que la joven le inspiraba ciertos sentimientos que no había conocido nunca hasta entonces.

—Si ese canalla le ha hecho el menor daño... —masculló, prometiendo a Gebikov mentalmente las mayores torturas.

CAPÍTULO XII

El asteroide RV-3257 tenía una longitud de tres kilómetros, por un ancho de mil doscientos metros y un espesor de setecientos. Era un pedrusco de forma irregular, con agudos picos y profundas depresiones, que giraba lentamente sobre sí mismo en el espacio, mientras seguía la órbita trazada desde millones de años antes; una roca colosal, de aspecto desolado y hasta siniestro, iluminada débilmente por los rayos de un sol que se encontraba aquellos momentos a unos cuatrocientos ochenta millones de kilómetros de distancia.

Un lugar poco acogedor.

La patrullera descendió con suavidad, quedando anclada en el fondo de un angosto barranco, de empinadas paredes, que proporcionaba suficiente protección visual contra miradas inmediatas y también contra la detección por instrumentos. En su vuelo de aproximación al asteroide, no habían podido hallar el menor rastro de instrumentos u objetos metálicos.

Frèhan achacaba aquella circunstancia a los antidetectores del doctor Gebikov. Petrovich sostenía que, puesto que no habían descrito una circunferencia completa en torno al asteroide, bien podía suceder que la nave del científico estuviese en algún lugar, tan escondida como ellos la habían dejado.

—Es posible —convino Frèhan, mientras se embutía en una escafandra espacial—. Por eso vamos a investigar tú y yo, en persona. Tus hombres quedarán a bordo de la nave, con la radio abierta continuamente. Si reciben una orden mía, deberán actuar enseguida y con eficacia.

—¿Qué armamento llevamos?

—Pistolas desintegradoras, por supuesto.

—¡Hum! Eso es un poco fuerte —adujo Petrovich.

—Es la clase de armas que se necesita para luchar con un hombre, si efectivamente lo es, como Gebikov —afirmó Frèhan.

Minutos después estaban equipados. Salieron a la esclusa y de aquí al suelo del asteroide.

El silencio era completo. Conectaron los rotores individuales de gravedad, proporcionándose un quinto de la normal terrestre y empezaron a andar, bajo un cielo totalmente punteado por millones y millones de lucecitas de todos los colores. La penumbra que

reinaba en aquellos parajes, de rocas negruzcas y muy irregulares, contribuía a aumentar más todavía la impresión de siniestra quietud que se advertía por todas partes.

Salieron del barranco y remontaron una especie de cerro de unos cien metros de altura, que dominaba un extenso valle desierto por completo. Continuaron su camino, hasta llegar a un punto, situado a mil seiscientos metros del lugar de aterrizaje, donde el suelo hacía una caída brusca, vertical, de más de quinientos metros de profundidad.

En el asteroide no había otros arriba y abajo que los suyos propios. Prosiguieron su marcha, situados ahora, en una posición perpendicular a la que habían mantenido hasta entonces. Era como si descendieran a pie por la pared de un barranco, pero tomándola como el suelo. El efecto resultaba extraño, mareante, pero tanto Luis Frèhan como su compañero eran hombres avezados al espacio y hallarse en una posición semejante no les producía alteración ninguna.

Recorrieron los quinientos metros de la pared y pasaron al otro lado, quedando ahora con los pies dirigidos hacia la astronave, que se hallaba en la cara opuesta del asteroide. Este lado era idéntico al anterior: rasgados picos y terribles hendeduras, algunas de las cuales no habían conocido la luz del sol desde el principio del Universo.

De pronto, cuando menos lo esperaban, Frèhan captó en la distancia un destello metálico. Extendió la mano y detuvo la marcha de su amigo.

Hizo una señal a fin de indicarle que guardase silencio. Buscaron una piedra y se parapetaron tras la misma, pistola en mano, observando con gran atención el lugar donde se había producido el destello, situado a unos trescientos metros de distancia.

El destello se repitió un par de veces. Después se vieron algunos chispazos de color rojo. Luego volvió la oscuridad al lugar donde se habían originado.

Frèhan y Petrovich se miraron. El primero movió la cabeza con gesto significativo.

Reanudaron la marcha, procurando pasar siempre por sitios donde las rocas pudieran protegerles, en caso necesario. De repente, Frèhan se lanzó al suelo, empujando de paso a su compañero.

Algo desfiló por delante de ellos. Era una especie de procesión de sombras ligeramente fosforescentes, que ondulaban en el vacío estelar como las llamas de unos fuegos fatuos. Frèhan sintió la tentación de utilizar la pistola desintegradora y probar su eficacia en aquellos seres, pero supo contenerse y dejó que pasaran, en medio de un absoluto silencio.

Miró a su amigo. Petrovich tenía el rostro desencajado. Frèhan le dio una palmada en la espalda, con objeto de infundirle ánimos. Al cabo de unos minutos, echaron a andar de nuevo.

Cien metros más adelante, se encontraron con una serie de pequeñas cúpulas totalmente transparentes, bajo las cuales se divisaba, pese a la penumbra, una serie de aparatos que resultaban incomprensibles para los dos terrestres. Un poco más allá, anclada al irregular suelo del asteroide, se divisaba la nave del misterioso doctor Gebikov.

Acercando su casco al de Petrovich, Frèhan le habló por contacto, sin utilizar la radio.

—Vamos a investigar primero la nave. Después veremos qué hay en las cúpulas.

—Conforme.

Tratando siempre de no ser vistos, dieron un amplio rodeo, hasta situarse al pie de la astronave. La escotilla se hallaba, sin embargo, dando cara a las cúpulas.

—No tendremos otro remedio que arriesgarnos —dijo Frèhan—. Cúbreme, Boris.

Petrovich asintió. La astronave se hallaba posada sobre patas sustentadoras y pasaron por debajo de su curva panza. Una escalerilla pendía de la entrada. El joven trepó a pulso y, cuando estuvo arriba, indicó a su amigo que le siguiera.

La nave se hallaba desierta, con las luces apagadas, sin el menor rastro de vida humana en su interior. Frèhan sintió que se le contraía el pecho al observar la ausencia de Irina y de Raymond.

«Si han muerto, arrasaré esas cúpulas», se prometió a sí mismo, rugiendo de ira en su interior.

Movió la mano. Regresaron junto a la escotilla.

En el momento en que se disponían a abandonar la nave, sucedió algo extraño.

Un chorro de luz partió verticalmente hacia arriba. Era un haz

de rayos paralelos, de un grosor que alcanzaba los dos metros y medio, con un brillo semejante al de una barra de hierro al rojo cereza. La luz se perdía en las alturas, sin que se pudiera ver su final, lo que indicaba que el haz tenía una longitud incalculable.

El tono rojo cereza se hizo más claro, como si la temperatura de la supuesta barra de hierro candente hubiera aumentado, acercándose al rojo blanco. Entonces, pese al vacío del espacio, Frèhan y su amigo notaron una cosa sumamente extraña.

Hacía calor.

Frèhan comprendió que estaba presenciando una aplicación práctica del efecto «X». Se aterró.

Usado como arma, poseía un poder devastador. Un rayo de aquellas características era capaz de calcinar regiones enteras, de causar destrucciones incalculables.

Sus trajes espaciales estaban acondicionados para toda clase de circunstancias; podían ser usados en el vacío corriente y también en planetas de atmósfera irrespirable y elevada temperatura. Podían ser utilizados, incluso, en Mercurio, dado que estaban dotados de equipo refrigerador. Frèhan y su acompañante tuvieron que cortar la calefacción y manejar el mando de refrigeración. A cincuenta metros de distancia de aquel enorme chorro de calor dirigido, la temperatura resultaba insoportable.

Al mismo tiempo, se dijo que, utilizado para fines pacíficos, el «Efecto X» podía dar maravillosos resultados. Pero, al parecer, estaba en manos de una raza de seres dispuestos a obtener tales resultados para ellos mismos, sin importarles en absoluto lo que pudiera ser de los terrestres que poblaban el Sistema Solar.

Era preciso acabar con aquellos seres malignos. A cincuenta metros de distancia, no podía fallar el tiro.

Levantó la mano armada y apuntó con cuidado hacia la base del suelo, en dirección al lugar de donde partía el haz de rayos calóricos dirigidos.

En aquel instante, sintió que una mano detenía su gesto.

—Déjame, Boris —gruñó a media voz.

Petrovich se volvió.

—¿Qué diablos dices? —gruñó.

Frèhan se quedó aturdido. Su compañero estaba a dos pasos de distancia. No podía haberle alcanzado con la mano ni aun

extendiendo el brazo por completo.

De repente, algo brilló tenuemente delante de los ojos del joven. Frèhan se sintió poseído por un asombro insuperable al ver delante de él lo que parecía ser una placa metálica, tan fina como un papel.

La luz de las estrellas era suficiente para poder leer las letras grabadas en la placa metálica.

No dispares contra la fuente emisora de calor; provocarías una tremenda catástrofe.

Petrovich se acercó a él, igualmente estupefacto.

—¡Diablos! Luis, ¿qué es esto?

El joven no sabía qué contestar. De súbito se le ocurrió una idea.

—Es un «Z», Boris —exclamó.

Petrovich guardó silencio, bien a su pesar. Inesperadamente, un grito agudo resonó en los auriculares de la radio de los dos hombres.

Frèhan sintió que todos sus músculos se le ponían en tensión.

—¡Es Irina! —dijo.

El grito se repitió. Era el clamor inconfundible de una persona que se encuentra en grave peligro.

—Boris, hemos de salvarla —exclamó.

—Pero… —Petrovich no se atrevió a objetar nada a su compañero. De repente, la columna de calor se apagó.

Las tinieblas volvieron. Y el silencio.

CAPÍTULO XIII

L

os dos hombres se deslizaron como sombras por la pendiente rocosa que conducía a las cúpulas. En pocos segundos franquearon los cincuenta metros que les separaban de la primera cúpula.

Al llegar allí, se detuvieron desorientados por completo, sin saber qué hacer. La cúpula no presentaba ninguna señal de abertura, ni siquiera la clásica compuerta de esclusa, propia de tal género de construcciones espaciales. Frèhan levantó la mano armada, dispuesto a perforar la cúpula con un disparo de su arma desintegradora. De pronto le pareció observar una cosa rara en la

brillante superficie de la cúpula. Una idea afluyó a su mente.

Alargó la mano. No encontró ningún obstáculo. La mano pasó libremente al otro lado de la cúpula. Frèhan volvió los ojos hacia su compañero. Petrovich, más resuelto, dio un paso y atravesó la cúpula sin el menor obstáculo. Pese a ello, la superficie reluciente quedó como estaba, sin señales de haber sufrido ningún desperfecto al ser traspasada por el cuerpo del patrullero.

Imitando a su amigo, Frèhan pasó también al otro lado. Los dos tuvieron que aumentar la refrigeración de su escafandra. Bajo la cúpula reinaba una temperatura tórrida, sofocante.

En el centro de la misma había un extraño aparato, compuesto por dos cañones, de un diámetro interno cada uno de dos metros y medio, aproximadamente. Uno de los cañones, cuya longitud no pasaba de los cuatro metros, estaba dirigido hacia lo alto. El otro tenía una posición casi horizontal, convergente en su culata con la del otro. Ambos estaban situados sobre una rara cureña, con manecillas orientadoras y una serie de instrumentos y esferas indicadoras, cuyo significado resultaba indescifrable para los terrestres.

Frèhan comprendió que se hallaba ante un aparato similar al que había captado con su astronave, en su vuelo de regreso después de un servicio de patrulla, en el T-3391. Al ver aquella extraña pareja de cañones, no le cupo la menor duda de que la explosión que habían detectado primeramente se debía a un fallo en el funcionamiento de otro aparato similar al que ya conocían.

«¿Y los restos orgánicos?», se preguntó.

De pronto, Petrovich exclamó:

—Luis, fíjate, uno de los cañones se mueve.

El joven detuvo la vista en el cañón horizontal, observando un lentísimo movimiento de rotación en torno a la culata del cañón vertical. La cureña tenía un par de metros de altura y en su parte superior disponía de una plataforma que podía contenerlos a ambos con facilidad.

Flexionó las piernas, saltó y se colocó en la plataforma. Inclinándose un poco, dejó resbalar la vista a lo largo de la superficie del cañón.

—Creo que empiezo a comprender —dijo—. El asteroide es el que gira y no el cañón. Éste se limita a permanecer siempre

enfocado hacia un punto invariable.

—¿Qué punto es ése? —preguntó Petrovich.

—El Sol —contestó Frèhan.

—¿Eh? —Petrovich se inclinó un poco y comprobó visualmente el aserto de su amigo—. Es cierto, Luis. Pero ¿por qué...?

Dejó la frase sin concluir.

—Te lo diré —contestó Frèhan—. Este cañón, cuando está en funcionamiento activo, capta y concentra los rayos calóricos de nuestro astro rey y luego los lanza al espacio, multiplicados millones de veces, en la forma en que has visto.

—Tienes razón —manifestó Petrovich—. Aquí, al RV-3257, llega un calor semejante al que notaríamos procedente de una bujía situada a una docena de metros de distancia, quizá aún menos. Pero el aparato recoge esa pequeñísima fuente de calor, la concentra, la multiplica millones de veces y la lanza al espacio, convertida en un arma de potencia inigualable.

—Un arma o un instrumento de paz —comentó Frèhan, sumamente pensativo. Podía ser las dos cosas, según las intenciones de quienes lo utilizasen.

De repente, se dio cuenta de la posición del cañón lanzador.

—Ahora me explico —dijo— el desastre ocurrido en el carguero espacial. Tropezaron con una descarga de estos rayos y murieron. Las escafandras que se habían puesto no les sirvieron de nada.

—¿Crees que tuvieron tiempo de advertirlo?

—Es posible, casi seguro; de lo contrario, no se habrían puesto sus escafandras. Pero ¿cómo localizaron la nave?

Frèhan paseó la mirada en torno a él. En la cúpula contigua divisó una gran antena parabólica, enlazada con una pantalla de radar de tamaño descomunal.

—Ahí lo tienes —dijo.

—¿Y destruyeron aquel carguero sólo por probar la eficacia de su concentrador de rayos calóricos? —exclamó Petrovich horrorizado.

—Eso parece —respondió Frèhan con voz sombría.

Furioso, Petrovich levantó la pistola.

—¡Voy a destruir este maldito artefacto! —exclamó, exasperado.

—¡Quieto! Recuerda lo que nos dijo el «Z»; podrías destruir el asteroide. Vamos a ver si encontramos primero a la señora Maussen.

—De acuerdo. Pero si veo a uno de esos tipos, dispararé primero y preguntaré después —aseguró el patrullero en tono que no admitía duda.

Saltaron al suelo y reanudaron la marcha, cruzando unas cuantas cúpulas más. A medida que avanzaban, Frèhan sentía que unos ojos invisibles espiaban todos sus movimientos. Ello le proporcionaba una incomodidad que excitaba su sistema nervioso en grado sumo.

Había unas catorce o quince cúpulas, la mayoría de ellas ocupadas por una serie de artefactos cuya utilidad ignoraban. No obstante, comprendían que estaban relacionados de algún modo con el concentrador de rayos térmicos. De pronto, cuando menos lo esperaban, se dieron de manos a boca con una cúpula bajo la cual había una especie de habitáculo muy parecido a una tienda de campaña.

—Ahí está —exclamó el joven, lanzándose impulsivamente hacia adelante.

En unos momentos llegó a la tienda. Apartó la tela a un lado con violencia y lanzó una exclamación de alegría.

—¡Irina! ¡Ray! —exclamó.

La joven y Raymond estaban tendidos sobre sendos camastros, atados de pies y manos. Frèhan sacó el cuchillo que llevaba en una funda sujeta a la pernera derecha de su traje de astronauta y cortó las ligaduras que inmovilizaban a la pareja.

—Creí que ya no iba a verle más, capitán —dijo Raymond, frotándose las muñecas—. Gracias, señor.

Irina se puso en pie. Sonrió.

—Gracias, Luis —dijo—. Su llegada no ha podido ser más oportuna.

—¿Fue usted la que gritó? —preguntó él.

—Sí, claro.

—¿Qué ocurrió?

—Fue cuando se llevaron al doctor Gebikov. Al auténtico doctor Gebikov. Usted tenía razón; el que nosotros conocimos, no era sino un «X» convertido en un perfecto doble del científico.

—Un momento —dijo Petrovich—. Ustedes no tienen puestas escafandras de ninguna clase.

—Hay atmósfera normal bajo la cúpula —contestó Irina.

—¿Y sus gritos? Carecen de transmisor de radio.

Raymond agarró de pronto un micrófono colgado de uno de los postes que sustentaban la tienda. Tiró del cable y lo partió.

—Nos lo habían puesto para que les llamásemos si necesitaban algo —declaró—. ¡Que se vayan al cuerno!

—¿Y dicen que se llevaron a Gebikov? ¿Para qué? —inquirió Frèhan.

—Vino su doble y se lo llevó consigo. No sabemos más. Nosotros tratamos de oponernos y entonces nos ató —respondió el sargento —. Cielos, es un torbellino moviéndose. Tiene la fuerza de un elefante y... Así nos redujo tan fácilmente en la astronave, apenas se acercó usted al carguero averiado, capitán —explicó Raymond.

—¿Saben dónde está ahora Gebikov? —preguntó Petrovich—. Tenemos orden de apoderarnos de él a toda costa.

—No —respondió Irina—. Suponemos, sin embargo, que debe de hallarse bajo alguna de estas cúpulas. Posiblemente, el falso Gebikov debe estar sometiéndole a interrogatorio.

—¿Por qué? No entiendo —dijo Frèhan desconcertado—. ¿Es que sabe más que ellos?

—En lo que concierne a la aplicación conjunta de los efectos «X» y «Z», sí, desde luego. Los «X» conocen más de su efecto que ningún otro, pero no pueden estudiar el «Z» porque para hacerlo necesitan situarse a una temperatura inferior al cero de la escala centígrada y esto es algo que ellos no pueden soportar. Recuérdelo usted, Luis; así descubrió al falso Gebikov.

Frèhan asintió pensativamente.

—Debieron de secuestrar al auténtico Gebikov desde hace mucho tiempo —comentó—. ¿No había notado usted nada de particular en su comportamiento, Irina?

—¡No, ni siquiera se me ocurrió sospechar de él! —contestó la joven.

Frèhan miró a su alrededor. Dijo:

—Tengo una idea, pero... ¿Dónde están sus escafandras? Sin ellas no puedo hacer nada, Irina.

—Yo iré a buscarlas —se ofreció Petrovich.

— Creo que están en una cúpula que hay a nuestra derecha —apuntó la joven—. No estoy segura, sin embargo.

—Bueno, veremos.

Petrovich se marchó. Frèhan miró a Irina. Ella se sonrojó.

—Ha sido una suerte para nosotros que haya venido aquí, Luis —dijo.

—Me ordenaron capturar a Gebikov. —Explicó rápidamente lo que le había sucedido a partir del momento en que se quedó solo en el carguero—. Al parecer, el falso Gebikov mintió más de lo conveniente. Ahora bien, lo que no entiendo es por qué les trajo a ustedes aquí.

—Quiere hacer experimentos con nosotros, es decir, con cuerpos humanos —respondió Irina—. Hasta ahora, no ha hecho nada, contenido sin duda por la resuelta actitud del doctor Gebikov, quien se ha negado a ayudarles. Pero —el tono de la joven se hizo sombrío—, mucho me temo que estén empleando procedimientos «especiales» para obligarle a declarar todo cuanto sabe acerca de sus trabajos.

Petrovich regresó en aquel momento, pesadamente cargado con las dos escafandras.

—No me ha visto nadie —dijo—. Al menos, eso creo yo.

—Bien, que se pongan rápidamente las escafandras. Hemos de actuar con la mayor urgencia posible.

Ayudaron a la pareja a equiparse. Una vez se hubieron colocado los trajes de vacío, probaron los equipos auxiliares de aire, temperatura interna y gravitación, encontrándolos en perfecto estado.

—Y ahora —exclamó Frèhan—, al ataque.

—¿Qué es lo que piensa hacer, Luis? —preguntó Irina.

Una llamarada de decisión brilló en los ojos del joven.

—Ya sabemos el modo de combatir a estos seres. Buscaremos el generador de temperatura y detendremos su funcionamiento. El frío es mortal para ellos.

CAPÍTULO XIV

F

rèhan encabezaba la pequeña comitiva, pistola en mano, seguido por Irina y el sargento. Petrovich cerraba la retaguardia.

El suelo era sumamente irregular, por lo que no era posible ver todas las cúpulas a un mismo tiempo, tal como el punto elevado donde las habían observado por primera vez. Por dicha razón, cuando al entrar en una cúpula que se encontraba en la cima de una pequeña eminencia del terreno, se tropezaron con el doctor Gebikov, la sorpresa resultó total para ambos bandos.

—¡Doctor! —exclamó Irina.

Frèhan extendió la mano.

—No avance —dijo en tono precavido—. No sabemos aún cuál de los dos Gebikov tenemos delante.

Gebikov usaba escafandra espacial. Oyó las palabras del joven a través de la radio y frunció el ceño.

—¡Qué tontería! —exclamó—. Soy el auténtico Gebikov. ¿Quieren que me quite la escafandra de vacío y me saque unas muestras de sangre, para convencerlos de mi aserto?

—Bien —dijo Frèhan—, no cabe la menor duda; usted es Gebikov. —Señaló el aparato que estaba usando el científico—. ¿Para qué sirve ese chisme?

—Joven, debiera ser un poco más respetuoso con las cosas de la ciencia —declaró el doctor tan severo—. Se trata de un aparato relacionado con mis trabajos, eso es todo.

—Comprendo. Perdone mis dudas, doctor —contestó Frèhan, más amansado—. Podría usted decirme, ¿sin embargo, dónde está el «X» que se hace pasar por usted?

—Hemos llegado a un acuerdo —contestó Gebikov—. Él dejará de usar mi apariencia y yo colaboraré con él.

—Un trato justo, me parece a mí. Pero, si fuera yo, me costaría perdonar a ese tipejo después de la mala pasada que me gastó.

—Joven, el interés de la ciencia está por encima de todo particularismo. Él puede enseñarme muchas cosas del «Efecto X» que para mí son todavía incomprensibles y yo, a mi vez, dentro de mi modesto saber, también tengo algo que enseñarle. No importa a qué raza del espacio pertenezcamos; los científicos, bien mirado, no tenemos raza.

—Un aforismo que no tiene vuelta de hoja, doctor —respondió el joven—. Permítame decirle, de todas formas, que tengo orden de llevarlo conmigo al Cuartel General de la Policía Orbital.

Gebikov frunció el ceño.

—Me he expresado con toda claridad, doctor. Pero, de todas formas, como no me ha sido fijado plazo, puedo permitirle unos días a fin de que concluya sus trabajos de forma satisfactoria. No tenemos prisa, se lo aseguro. —Con gesto enteramente natural, se acercó al científico—. ¿Puede explicarme —pidió en tono humilde —, cómo funciona este aparato y cuál es su objeto? En realidad, soy un simple oficial de Patrullas del Espacio y...

Gebikov pareció sentirse halagado. Sonrió, mientras se volvía un poco, a fin de mostrar alguna de las particularidades del artefacto en que trabajaba.

Entonces, la mano del joven, con gesto rapidísimo, se movió y desconectó el sistema de calefacción interna del traje de vacío del doctor.

Gebikov se inmovilizó casi al instante.

—Boris —gritó el joven—, apresúrate y busca al auténtico Gebikov.

Petrovich se dispuso a cumplir la orden.

—Ray, acompáñele.

El falso Gebikov había quedado en pie, rígido, con una mano extendida hacia los instrumentos cuya utilidad no había tenido tiempo de explicar:

—¿Cómo supiste que era el falso doctor? —preguntó Irina, tuteándole sin darse cuenta.

—Me pareció que, después de lo ocurrido, el auténtico Gebikov no hubiese aceptado colaborar con esos tipos. Quise probar si mis sospechas eran ciertas... y lo fueron. De haber sido el verdadero Gebikov, hubiese protestado airadamente.

—¿Qué harás con él ahora?

—Nos lo llevaremos a la Tierra y...

La voz de Petrovich sonó de pronto en el interior de sus cascos.

—Tengo al doctor, Luis —anunció.

Frèhan ordenó:

—Bien, llévalo a la nave. Partiremos apenas nos sea posible.

Inclinándose un poco, cargó con el inerte cuerpo del «X», a quien el frío había paralizado por completo.

—Pero él dijo que podíamos examinar muestras de su sangre — alegó Irina, no muy convencida del todo, a su pesar.

—Mira, si un ser de tal naturaleza está dispuesto a pasarse por

un humano, se habrá prevenido contra todas las contingencias. La paralización por el frío es algo contra lo que no pueden luchar, esto es lo que demuestra mi aserto de modo concluyente.

Irina asintió. Con el falso Gebikov al hombro, Frèhan echó a correr hacia la nave, que pensaba utilizar en los primeros momentos, hasta que transbordaran a la patrullera. De pronto, cuando ya estaban llegando a la última de las cúpulas, algo se materializó delante de ellos.

Era una silueta difusa, traslúcida, en cuya superficie podían observarse leves ondulaciones, semejantes a las que recorren la superficie de un lago tranquilo al influjo de una ligera brisa. Frèhan e Irina detuvieron su carrera en el acto. Detrás había una docena de siluetas análogas.

Como la vez anterior, se materializó delante de ellos una hoja metálica, en la cual, una mano invisible había escrito unas palabras.

—Dejad aquí al «X» —ordenó el ser misterioso.

Por un momento, Frèhan sintió la tentación de disparar su pistola, pero supo contenerse. Preguntó:

—¿Quién eres tú? ¿En virtud de qué autoridad me das esa orden?

—Soy uno de los seres a quienes llamáis «Z» —apareció escrito en la hoja metálica. La frase anterior se había borrado apenas leída—. Te estoy muy agradecido por el gesto que tuviste conmigo en cierta ocasión; a pesar de nuestras fabulosas posibilidades, también tenemos nuestras limitaciones. Y somos mortales.

—¿Qué piensas hacer con el «X»?

—Déjalo de mi cuenta. Puedo asegurarte, sin embargo, que ya no volveremos a molestaros más. Nos vamos de vuestro sistema.

—¿También ellos?

—Ya sólo queda uno: ése que tienes sobre tu hombro. El frío los aniquila, como tú mismo has descubierto. Vinieron millares de ellos a través del espacio, sacrificándose todos para que unos pocos pudieran sobrevivir y preparar a sus congéneres un mundo en el que pudieran residir. Los restantes,

colaboradores del que se hacía pasar por Gebikov, han sido eliminados.

—¿Y vosotros?

—Hemos resuelto dejar de considerar vuestro sistema como campo de batalla. Tenemos noticias que, a miles de años luz, hay otro idéntico, deshabitado. No causaremos mal a nadie si nos establecemos allí.

—¿Y los aparatos científicos?

—Ya tenéis quien los reproduzca y haga funcionar, si lo estima necesario.

Frèhan entendió que el «Z» se refería al auténtico Gebikov. «Bueno, a fin de cuentas, tengo lo que me ordenaron, y es suficiente», pensó.

—¿Fue este «X» el que destruyó el asteroide T-3391? —preguntó.

—Sí. Después de la explosión que tú detectaste, debida a un error nuestro, y que, a causa de su escasa magnitud, no terminó con el asteroide, el falso Gebikov remató la tarea. Era un cuerpo celeste ideal para nuestros trabajos y quiso privarnos así de una base de experimentos.

—Pero yo encontré restos de materia orgánica —alegó el joven.

—Es lógico. Pese a nuestros fabulosos poderes, somos seres con una constitución corpórea que, no obstante, podemos alterar a voluntad. Si alguno de nosotros muere en accidente, siempre quedan algunos rastros, que son los que tú hallaste.

—Entiendo. Sin embargo, puesto que tenéis tales facultades, ¿por qué no os comunicáis con nosotros por telepatía?

—Sois vosotros los que no estáis aun adaptados para tal género de comunicación. Por eso necesito escribir mis respuestas.

—Ahora lo comprendo. Gracias, de todos modos.

—Tú me ayudaste en una ocasión. Te devuelvo el favor; eso es todo. Ahora, deja al último «X» en el suelo.

Resignado, Frèhan obedeció. Sabía que no podía hacer otra cosa.

—¿Cuáles son tus intenciones con respecto a él?

—No te preocupes. Marchaos tranquilamente. Si estimabais que nuestra presencia era una amenaza para vosotros, esa amenaza ha dejado ya de existir. Teníais razón; no resultaba justo convertir vuestro sistema solar en nuestro campo de batalla. Ya no nos veréis más.

Lentamente, cogidos de la mano, Frèhan e Irina se dirigieron hacia la astronave, en la cual se hallaban ya los demás. Pocos momentos más tarde, el aparato levantaba el vuelo.

EPÍLOGO

E

l sargento Raymond estaba muy contento. Había recibido una reprimenda por espaciograma, pero, al mismo tiempo, se le había comunicado el ascenso a subteniente.

El doctor Gebikov se hallaba también sumamente entusiasmado. Hablaba a quien quería escucharle de las grandes cosas que haría a base de una acción conjunta de los efectos «X» y «Z». Los malos ratos que había pasado quedaban ya olvidados.

Mientras Gebikov charlaba por los codos, Frèhan dijo algo que provocó un delicioso rubor en las mejillas de la joven.

—Si tú quieres —contestó.

—Eres tú quien ha de quererlo —exclamó él—. Mi opinión ya la sabes, Irina.

Ella le miró con fijeza.

—¿Cuándo, Luis?

—Ahora mismo —exclamó él.

—¿Ahora? —se extrañó Irina.

Frèhan la tomó de una mano.

—Ven —dijo, en tono imperativo.

Se situaron frente a Boris Petrovich.

—¿Capitán?

El patrullero levantó la mirada de la pantalla de radar.

—¿Qué quieres, Luis?

—Tú eres el comandante de la nave, ¿no?

—Claro. Pero obedezco tus órdenes.

—Entonces, cásanos a Irina y a mí.

Petrovich miró a la pareja, muy sorprendido en un principio. Luego se echó a reír.

—Conforme. Pero ya sabéis que esta ceremonia ha de confirmarse luego en la Tierra, de lo contrario, no tendrá validez.

—Lo haremos —afirmó él.

—Muy bien —contestó Petrovich—. Entonces…

De pronto, Raymond lanzó un grito.

—¡Eh, el RV-3257 ha explotado como un triquitraque!

Todos cuantos estaban en la cabina se abalanzaron sobre las lucernas, para contemplar el espectáculo.

Irina y Frèhan no se movieron. En realidad, aquel asteroide, todos los asteroides, les tenían completamente sin cuidado en aquellos momentos.

F I N